

# Los tigres de la Malasia

Emilio Salgari

*Versión de Ariela Kreimer*



天  
越  
齋  
收  
藏

FrancoSpagnolo

**GOLU**



**Grandes Obras de la Literatura Universal**

Fundada en 1953

Colección pionera en la formación  
escolar de jóvenes lectores

## Títulos de nuestra colección

- *El matadero*, Esteban Echeverría.
- *Cuentos fantásticos argentinos*, Borges, Cortázar, Ocampo y otros.
- *¡Canta, musa! Los más fascinantes episodios de la guerra de Troya*, Diego Bentivegna y Cecilia Romana.
- *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, Robert L. Stevenson.
- *Seres que hacen temblar – Bestias, criaturas y monstruos de todos los tiempos*, Nicolás Schuff.
- *Cuentos de terror*, Poe, Quiroga, Stoker y otros.
- *El fantasma de Canterville*, Oscar Wilde.
- *Martín Fierro*, José Hernández.
- *Otra vuelta de tuerca*, Henry James.
- *La vida es sueño*, Pedro Calderón de la Barca. 
- *Automáticos*, Javier Daulte.
- *Fue acá y hace mucho*, Antología de leyendas y creencias argentinas.
- *Romeo y Julieta*, William Shakespeare. 
- *Equívoca fuga de señorita, apretando un pañuelo de encaje sobre su pecho*, Daniel Veronese.
- *En primera persona*, Chejov, Cortázar, Ocampo, Quiroga, Lu Sin y otros.
- *El duelo*, Joseph Conrad.
- *Cuentos de la selva*, Horacio Quiroga.
- *Cuentos inolvidables*, Perrault, Grimm y Andersen.
- *Odisea*, Homero.
- *Los tigres de la Malasia*, Emilio Salgari.

# Los tigres de la Malasia

**Emilio Salgari**

Versión de Ariela Kreimer



Grandes Obras de la Literatura Universal

**Dirección editorial:** Laura Leibiker.  
**Coordinación editorial:** Alejandro Palermo.  
**Jefatura de arte:** Valeria Bisutti.  
**Diseño de tapa:** Natalia Otranto.  
**Asistencia en diseño:** Jimena Ara Contreras.  
**Ilustraciones:** Franco Spagnolo.  
**Diseño de maqueta:** Silvina Gretel Espil y Daniela Coduto.  
**Diagramación:** estudio gryp.  
**Corrección:** Inés Fernández Maluf.  
**Documentación:** Gimena Castellón Arrieta y Nicolás Romero.  
**Gerencia de producción:** Gregorio Branca.

Salgari, Emilio

Los tigres de Malasia / Emilio Salgari ; adaptado por Ariela Kraimer. - 1a ed. 2a reimp. -  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Kapelusz, 2017.

128 p. ; 20 x 14 cm. - (GOLU (Grandes Obras de la Literatura Universal) / Diab, Pabla)

ISBN 978-950-13-2327-6

1. Narrativa Italiana. I. Kraimer, Ariela, adap. II. Título.

CDD 853

©Kapelusz editora S.A., 2009.

Leandro N. Alem 1074, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Internet: [www.kapelusznorma.com.ar](http://www.kapelusznorma.com.ar)

Obra registrada en la Dirección Nacional del Derecho de Autor.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación

“N”/Norma/Carvajal ® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Primera edición. Segunda reimpresión: enero de 2017

CC: 61074680

ISBN: 978-950-13-2327-6

⊗ PROHIBIDA LA FOTOCOPIA (ley 11.723). El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra, la que no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método gráfico, electrónico o mecánico, incluyendo el fotocopiado, el de registro magnetofónico o el de almacenamiento de datos, sin su expreso consentimiento.

# Índice

<b>Nuestra colección</b>	<b>7</b>
<b>Leer hoy y en la escuela</b> <i>Los tigres de la Malasia</i>	<b>9</b>
<b>Avistaje</b>	<b>11</b>
<b>Biografía</b>	<b>13</b>
<b>Palabra de expertos</b> “Aventuras sin fin”	<b>15</b>
<b><i>Los tigres de la Malasia</i></b>	<b>19</b>
<b>Sobre terreno conocido</b>	
Comprobación de lectura	<b>115</b>
Actividades de comprensión y análisis	<b>119</b>
Actividades de producción	<b>123</b>
<b>Recomendaciones para leer y para ver</b>	<b>125</b>
<b>Bibliografía</b>	<b>127</b>



## (Nuestra colección)

Incantables ámbitos de nuestra actividad social se vinculan con la lectura. Una vez que aprendemos a leer, no podemos evitar percibir todo texto escrito con el que cruzamos la mirada. Así, leemos los carteles indicadores que utilizamos para desplazarnos en nuestros trayectos —cotidianos o no—, leemos publicidades que —con su pretensión de originalidad— intentan persuadirnos de que consumamos un producto, leemos los precios de las mercaderías exhibidas en góndolas y vidrieras, leemos la información de sus etiquetas... leemos lo que alguien dejó escrito en las paredes de los edificios.

La escuela es el ámbito privilegiado para la lectura; incluso, es la institución responsable de estimular en los alumnos el desarrollo de sus habilidades como lectores y como escritores. La escuela se encarga, también, de iniciar a los estudiantes en la lectura de los textos literarios. Y ese tipo de lectura tiene sus propias particularidades y exigencias. Por ejemplo, un lector entrenado es aquel capaz de comprender, analizar y valorar un texto. Por otra parte, tiene que aprender a ubicarlo en el tiempo y en el lugar en que se escribió. Cuantas más relaciones pueda establecer un lector entre esa obra y la situación en que se produjo y circuló, entre esa obra y otras, más rica será su lectura.

Además, los lectores de literatura cuentan con la posibilidad de saber de otros tiempos, de otros mundos, de otros seres,

y de atesorar en sí conocimientos inagotables, de los que siempre podrán disponer.

Quienes seleccionamos los textos y preparamos las actividades para la colección Grandes Obras de la Literatura Universal (GOLU) lo hacemos con la voluntad de despertar el interés de los jóvenes lectores, de alentar sus ganas de seguir leyendo y de acompañarlos en el encuentro personal con los tesoros que las obras de todas las épocas tienen para ofrecernos. En esta tarea apasionante nos guía la certeza de que la literatura constituye un camino único y lleno de descubrimientos, que todos merecemos recorrer y disfrutar a lo largo de nuestras vidas.

resuelta, de una procesión en que debía ir toda la población descalza y al cráneo descubierto, acompañando

## Leer hoy y en la escuela

### *Los tigres de la Malasia*

La obra de Emilio Salgari ha formado parte de las primeras lecturas de muchísimas personas. Antes de que el cine y la televisión revelaran a públicos cada vez más vastos el encanto y la emoción de la vida en los ambientes lejanos de la Tierra, las novelas de Salgari funcionaron como una pantalla mágica sobre la que la imaginación proyectaba escenas minuciosamente descritas de esos mundos asombrosos. Entrar en el mundo de sus novelas siempre es una forma de convertirse en explorador y viajero.

Por otra parte, Salgari supo manejar de manera magistral los hilos de sus intrigas y dosificar a lo largo de las páginas las emociones intensas que movilizan a sus personajes. En ese sentido, también, este escritor es un auténtico precursor de las tramas que hoy nos atrapan y nos mantienen en vilo cuando vemos una película o una serie bien narradas.

Leer hoy en la escuela *Los tigres de la Malasia* permite revivir el entusiasmo que continúan despertando las obras de Salgari desde el momento de su publicación. El relato de una trama colmada de peripecias no solo funciona como entretenimiento, sino que también nos invita a buscar información, a conocer otros espacios y otras épocas y a reflexionar acerca del modo en que se construyen los relatos.

Un mérito no menor de libros como este es que, además, constituyen una invitación y un estímulo para seguir disfrutando de otras obras literarias. Tal como señala la escritora brasileña Ana

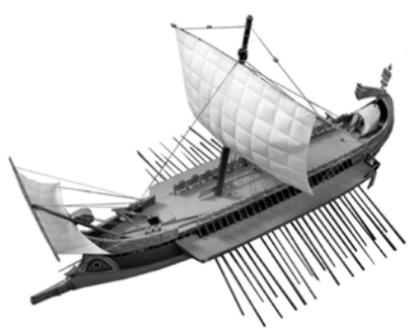
María Machado: “Lo cierto es que hay una buena profusión de libros de aventuras que transcurren en el mar, historias de piratas, de batallas, de persecuciones y asaltos. Pueden ser libros de puro entretenimiento, pero que han alimentado la imaginación de varias generaciones de lectores. Héroe como el capitán Blood, autores como Rafael Sabatini, Emilio Salgari y el Capitán Marryat son solo algunos de los más famosos. Son clásicos de la llamada literatura popular o de entretenimiento. [...] Otras historias de mar seguramente seducirán al lector con sus encantos. [...] Pero la atracción siempre será mayor, casi irresistible, cuando en el fondo de cada llamado, resuene el eco de las historias juveniles de islas y océanos, que trae el recuerdo de las lecturas marítimas de la infancia y la adolescencia, y que fueron pobladas por el poder mágico de la evocación de las palabras cuyo significado no entendíamos muy bien [...], pero que, al igual que la fórmula mágica de *ábrete sésamo*, revelaban un mundo de tesoros y de posibilidades infinitas, y servían para atestiguar que estábamos en plena mar, sintiendo el olor de los sargazos, con la espuma que humedecía nuestra cara [...]. Ojalá que nuevos lectores puedan continuar viviendo esa experiencia imperecedera”<sup>1</sup>

---

10 1 Ana María Machado. *Clásicos, niños y jóvenes*. Bogotá, Norma, 2004.

# ( Avistaje )

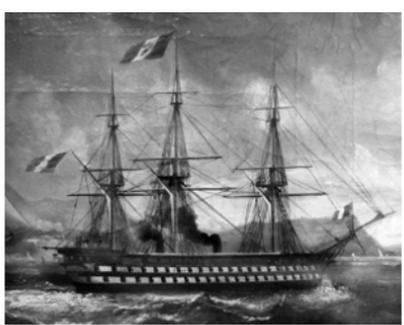
1 Observen las imágenes de estas naves de distintas épocas. ¿En qué se parecen y en qué se diferencian?



*Trirreme griego del siglo v a. C.*



*Buque de vela del siglo xvii.*



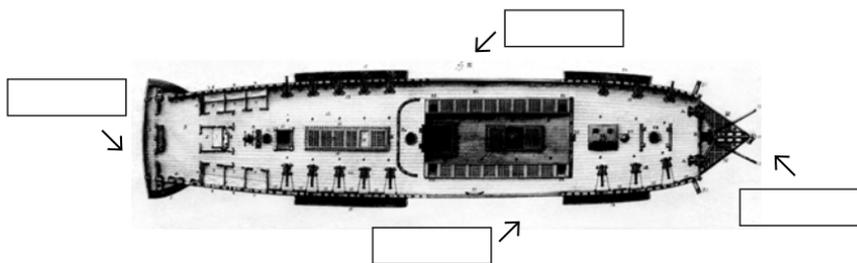
*Vapor del siglo xix.*



*Portaaviones del siglo xx.*

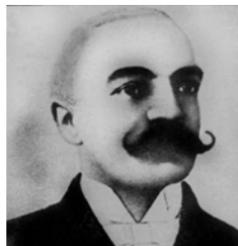
- 2 Las acciones de *Los tigres de la Malasia* transcurren durante el reinado de Victoria I de Inglaterra. Consulten una enciclopedia y averigüen en qué época gobernó esta reina; luego, vuelvan a mirar las imágenes de las naves y señalen la que corresponde a ese período.
- 3 Observen esta imagen de un barco visto desde arriba.
- a) ¿En qué sentido les parece que avanza?
- b) Ayudándose con el diccionario, escriban los rótulos correspondientes a cada una de estas partes de la embarcación:

*proa - popa - babor - estribor*



- 4 Analicen el mapa que aparece en la página 20 y respondan: ¿a qué continente pertenece el territorio representado?
- 5 En el mapa de la página 20, ubiquen los siguientes lugares:  
*Malasia - Borneo - Ceilán - Filipinas - Java - Bengala*
- 6 Teniendo en cuenta que estos territorios se encuentran sobre la línea del ecuador y rodeados por el mar, deduzcan cómo será el clima. Marquen con una cruz la opción que consideren más adecuada.
- a) Frío todo el año.
- b) Cálido todo el año.
- c) Frío en invierno y cálido en verano.

## Biografía



**E**milio Salgari nació en la ciudad italiana de Verona, el 21 de agosto de 1862. Pertenecía a una familia de modestos comerciantes y desde muy chico demostró un gran gusto por las novelas de acción y de viajes, que despertaron en él el deseo de convertirse en marino. A los dieciséis años se inscribió en el Instituto Técnico y Naval Paolo Sarpi, pero por problemas familiares debió abandonar la carrera muy pronto.

En 1883, a los veintiún años, comenzó a colaborar con el diario *La Nueva Arena*, de su ciudad natal. Allí aparecieron, en forma de entregas,<sup>1</sup> los capítulos de *Los tigres de la Malasia*, con los que daría inicio a las peripecias de uno de sus más famosos personajes: Sandokán. De este modo empezó su carrera de escritor, que, a lo largo de veintiocho años, produjo cerca de cien novelas y otros tantos cuentos de aventuras. Debido a su éxito como autor de ficción, pronto le ofrecieron un puesto fijo como redactor en el periódico.

---

1 En el siglo XIX era habitual que los diarios y las revistas publicaran capítulos de novelas en ediciones sucesivas, de manera semejante a como se emiten algunas series televisivas de la actualidad. Cada capítulo terminaba en un momento de máximo suspenso y, de este modo, se mantenía la expectativa del público lector a lo largo de varios meses. Esta forma de publicación de una novela por entregas se conoce con el nombre de *folletín*.

En 1892 se casó con la actriz Ida Peruzzi, a quien él siempre llamó afectuosamente “Aída”, en homenaje a la heroína de la famosa ópera de Giuseppe Verdi. De este matrimonio nacieron cuatro hijos: Fátima (en 1892), Nadir (en 1894), Romero (en 1898) y Omar (en 1900).

El mismo año de su casamiento, Salgari se trasladó a la ciudad de Turín, para trabajar en una editorial especializada en novelas juveniles. A partir de entonces, cambiaría muchas veces de sello editorial, a medida que sus obras eran leídas por un público cada vez más vasto. El éxito arrollador —algunas de sus novelas llegaron a tener ventas iniciales de más de cien mil ejemplares— sirvió para que se enriquecieran sus editores; sin embargo, Salgari apenas ganaba como para mantener a su familia y debió contraer cada vez más deudas para subsistir penosamente.

En 1909, Ida fue internada en una institución psiquiátrica. Dos años más tarde, afectado por la tristeza que le provocó este hecho y agobiado por los problemas económicos, Salgari se quitó la vida.

Las novelas que escribió se agrupan en grandes ciclos según los escenarios donde transcurren las acciones. En los mares de la Malasia se ubican las novelas que tienen como protagonista a Sandokán; los mares de las Antillas son el escenario de las aventuras del Corsario Negro; mientras que otras se ubican en el Lejano Oeste o en la zona de las Bermudas. También fue autor de varias novelas independientes, es decir, que no forman parte de ciclos; algunas de ellas —junto con las de su contemporáneo, el francés Julio Verne— son consideradas precursoras de los modernos relatos de ciencia ficción.

Teniendo en cuenta que Salgari escribió innumerables novelas de aventuras en el mar, resulta curioso saber que toda su experiencia como navegante se reduce a una travesía de pocas semanas de duración en un barco mercante que efectuaba viajes por el mar Adriático. Para redactar las minuciosas descripciones de los paisajes exóticos que pueblan las páginas de sus novelas, consultaba incesantemente enciclopedias, atlas y libros de viajes en las bibliotecas.

## ( Palabra de expertos )

### AVENTURAS SIN FIN

Los viajes por mar han cautivado la imaginación de las personas desde las primeras manifestaciones de la literatura. La *Odisea*, el extenso poema atribuido al griego Homero y compuesto hace casi treinta siglos, narra las incontables peripecias que debe atravesar el héroe Odiseo —o Ulises, como lo llamaron los romanos— en su viaje de regreso desde Troya hasta Ítaca, la isla donde está su reino y donde lo aguardan su esposa Penélope y su hijo Telémaco. No se trata de un viaje sencillo: Poseidón, el dios de los mares, está enojado con Odiseo y lo obliga a vagar, entre tempestades y tierras habitadas por seres prodigiosos, durante diez años.<sup>1</sup>



*Odiseo y las sirenas. Dibujo sobre una vasija del siglo v a. C.*

1 Pueden leer una versión de la *Odisea*, especialmente preparada para jóvenes lectores, en esta misma colección.

Por otra parte, uno de los relatos más memorables de *Las mil y una noches* —una vasta recopilación de cuentos orientales— es aquel que narra las increíbles aventuras de Simbad el Marino. Este personaje, basado en cuentos de la tradición oral, realiza siete viajes en los cuales debe sortear muchísimos peligros y enfrentar drásticos cambios de fortuna.

En esa larga y fructífera tradición de los relatos marinos se ubican las novelas de Sandokán, el inolvidable pirata creado por Emilio Salgari.

### *El marco histórico*

Sandokán, al igual que la mayoría de los personajes de *Los tigres de la Malasia*, es un ser imaginario; sin embargo, sus acciones están enmarcadas por hechos que ocurrieron realmente. A mediados del siglo XIX se produce la expansión de las grandes potencias europeas de ese momento: Francia, Holanda y, particularmente, Gran Bretaña, que llegaría a constituirse en un impresionante imperio. Las posesiones inglesas se hallaban en los cinco continentes y abarcaban una quinta parte del planeta.



*Durante el reinado de Victoria I, que se extendió desde 1837 hasta 1901, Gran Bretaña se consolidó como la mayor potencia imperialista.*

En Asia, Gran Bretaña administraba desde el siglo anterior extensos territorios de la India, que se convirtió en un importante mercado para los productos ingleses durante la Revolución Industrial. Además, controlaba Malaca (parte de la actual Malasia), Singapur y Birmania (la actual Myanmar), lugares estratégicos para controlar el acceso a la región, tanto por mar como por tierra. Luego de las Guerras del Opio (1839-1841), los ingleses habían conseguido el dominio absoluto del comercio de Oriente. Los holandeses y los franceses, por su parte, se concentraban en el comercio de productos que se consumían en Europa, como el té y las especias.

Pero existía un peligro que ponía en riesgo las redes comerciales que los europeos habían forjado en la región de Malasia... Y se trataba de un peligro temible: los piratas. A partir de 1849, los ingleses lanzaron una fuerte ofensiva, en la que se destacó el aventurero James Brooke (1803-1868), personaje histórico al que Salgari menciona en *Los tigres de la Malasia* con el apelativo de “el exterminador de piratas”. Luego de ayudar al sultán de Brunei para sofocar una rebelión, James Brooke obtuvo como recompensa el gobierno del estado malayo de Sarawak, con el título de rajá.

En este marco histórico se ubican las aventuras ficticias de Sandokán y sus compañeros. El personaje creado por Salgari habría sido un noble príncipe de Borneo hasta que los colonizadores británicos le arrebataron el trono y asesinaron a su familia. A raíz de este cruel despojo, Sandokán jura vengarse y, para lograr su objetivo, se dedica a la piratería, convirtiéndose por su fiera en el terror de los colonizadores europeos. Las aventuras de este singular defensor de los pueblos sometidos se inician en *Los tigres de la Malasia* y se prolongan en una extensa saga de novelas, entre las que se destacan: *Los dos tigres*, *El Rey del Mar*, *A la conquista de un imperio*, *La venganza de Sandokán*, *La reconquista de Mompracem*, *El brahmán de Asam*, *La caída de un imperio* y *La venganza de Yáñez*.

## Historias de piratas

La piratería es una forma de robo que se realiza en el mar. Las naves piratas atacan a otra embarcación con el objetivo de saquear el cargamento, pedir rescate por los pasajeros y, en ocasiones, apoderarse directamente del buque que ha sido abordado. Es una práctica tan antigua como la navegación misma: las primeras noticias sobre piratas se remontan al siglo v a. C., en la zona del golfo Pérsico. Los piratas tuvieron un enorme auge en el siglo que siguió al descubrimiento de América y eran frecuentes los ataques a los buques que iban cargados con los tesoros que los europeos sacaban de las colonias.

Con el personaje de Sandokán, Salgari idealizó la figura del pirata al poner entre sus motivaciones la lucha por la libertad. El temible Tigre de la Malasia no enfrenta a las naves inglesas y holandesas solamente con el afán de enriquecerse; lo impulsa, sobre todo, el vehemente deseo de derrotar al colonizador que lo ha despojado de su dignidad y de sus tierras y ha sometido a su pueblo.

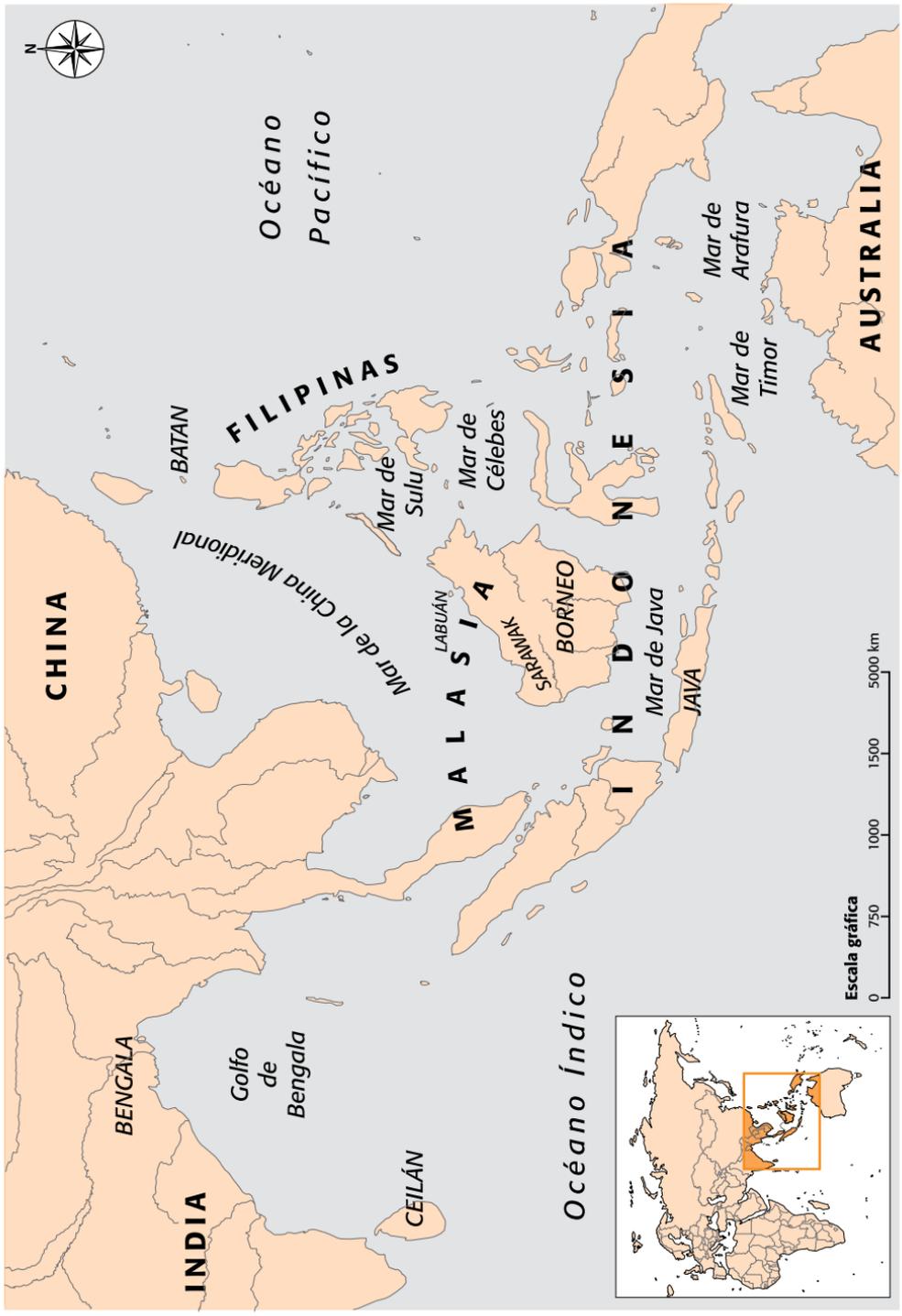
La figura del pirata se ha convertido en un sinónimo de aventuras en las creaciones de ficción. Basándose en ella, el escritor escocés Robert Louis Stevenson creó una de las novelas más memorables de todos los tiempos: *La isla del tesoro*. Y Emilio Salgari, además de la saga de Sandokán, compuso la del Corsario Negro, ambientada en el mar de las Antillas. Allí, en la isla Tortuga (frente a la costa norte de Haití), los piratas tuvieron una sede internacional durante los siglos XVII y XVIII y formaron la legendaria cofradía de los Hermanos de la Costa.

En nuestros días, esa figura legendaria ha sido rescatada en *Piratas del Caribe*, una exitosa serie de películas de los estudios Disney, protagonizada por el actor Johnny Depp.

# Los tigres de la Malasia



predica  
a través  
parece  
incredi-  
blemente  
Talola



## CAPÍTULO I

### LOS PIRATAS

**E**n la noche del 20 de diciembre de 1849, un violentísimo huracán azotaba Mompracem, isla pirata de siniestra fama situada en el mar de la Malasia,<sup>1</sup> a pocos centenares de kilómetros de las costas occidentales de Borneo.<sup>2</sup>

Ni en las cabañas alineadas al fondo de la bahía, ni en las fortificaciones que la defendían, ni en los barcos anclados al otro lado de la escollera<sup>3</sup> se distinguía luz alguna. Únicamente en la cima de una elevada roca cortada a pico sobre el mar, brillaban dos ventanas intensamente iluminadas.

¿Quién, a pesar de la tempestad, velaba en la isla? Tras un laberinto de trincheras sembradas de armas rotas y huesos humanos, se levantaba una sólida construcción, sobre la cual ondeaba una gran bandera roja con una cabeza de tigre en el centro.

En medio de la habitación iluminada había una mesa de ébano<sup>4</sup> con botellas y vasos de cristal; en las esquinas, grandes vitrinas repletas de anillos y brazaletes de oro, medallones, objetos sagrados, perlas de Ceilán<sup>5</sup> y diamantes que brillaban como soles. Entre los lujosos muebles se apilaban tapices, cuadros de alto precio, botellas, carabinas, cimitarras,<sup>6</sup> puñales y pistolas.

---

1 **Malasia:** país del sudeste asiático.

2 **Borneo:** gran isla del sudeste asiático; comprende Malasia, Indonesia y Brunei.

3 **Escollera:** obra hecha con piedra echada al mar, que sirve de sustento a una edificación (por ejemplo, un muelle).

4 **Ébano:** madera de color negro, que se obtiene de un árbol exótico.

5 **Ceilán:** país insular al sudeste de la India. Actualmente, recibe el nombre de Sri Lanka.

6 **Cimitarra:** sable usado por turcos y persas.

parece  
a través  
parece  
incred  
dent  
tabola

Sentado en una poltrona<sup>7</sup> había un hombre. Era de elevada estatura, musculoso, y su rostro poseía una extraña belleza, a pesar de sus facciones enérgicas y temibles. Largos cabellos negros y una barba oscura enmarcaban su bronceado rostro. Tenía la frente amplia, enormes cejas, boca pequeña y ojos muy negros, que obligaban a bajar la vista a quienquiera los mirase.

Un formidable trueno sacudió el edificio y sacó al hombre de su larga inmovilidad.

—Es medianoche y todavía no vuelve —murmuró, mientras se levantaba.

Abrió la puerta, recorrió las trincheras y se detuvo al borde de la gran roca. Abajo rugía el mar. Permaneció allí durante algunos instantes con los brazos cruzados; al rato volvió a entrar en la casa. Impaciente, se quedó escuchando los sonidos que le llegaban a través de la puerta entreabierta. Luego de un rato, salió a toda prisa hacia el extremo de la roca. A la fugaz claridad de un relámpago vio un barco pequeño que, con las velas casi recogidas, entraba en la bahía.

—¡Es él! —murmuró—. ¡Yáñez!

Al rato, un hombre envuelto en una capa empapada llegó hasta él.

—¡Sandokán! —exclamó el recién llegado—. ¡Qué noche infernal, hermano!

Entraron en la habitación iluminada. Sandokán llenó dos vasos.

—¡Bebe, mi buen Yáñez!

—¡A tu salud, Sandokán!

El recién llegado parecía algo mayor que su compañero. Era de estatura mediana, robusto, de piel muy blanca, facciones regulares y astutos ojos grises.

—¿Viste a la muchacha? —preguntó Sandokán.

---

7 **Poltrona:** sillón para una persona, más bajo que lo habitual.



—No. Ya sabes que las costas de Labuán<sup>8</sup> están vigiladas por los cruceros<sup>9</sup> ingleses, y los piratas no somos bienvenidos. Pero te diré que la muchacha es una criatura maravillosamente bella. Me han dicho que tiene los cabellos rubios, los ojos más azules que el mar y la piel blanca como el alabastro.<sup>10</sup> Algunos dicen que es hija de un colono, otros, de un lord,<sup>11</sup> y otros más, que es pariente del gobernador de la isla. Los nativos la llaman “la Perla de Labuán”... Es como un ángel para ellos.

—¿Y qué hacen los ingleses en Labuán?

—Se fortifican.

—Quizá traman algo contra mí.

—Eso creo.

—¿Eso crees? Pues, ¡que se atrevan a levantar un dedo contra Mompracem! ¡Que intenten desafiar a los piratas en su propia isla! El Tigre de la Malasia los destruirá y beberá su sangre... Dime: ¿qué dicen de mí?

—Que ya es hora de destruir tu poderío.

—¿Me odian mucho?

—Tanto que perderían la flota con tal de ahorcarte. Hermano, llevas diez años ensangrentando las costas de la Malasia. Todas las aldeas han sido saqueadas por ti; todos los fuertes, ya sean ingleses, holandeses o españoles, tienen señales de tus balas, y el fondo del mar está erizado con los barcos que has hundido.

—Es verdad, pero ¿de quién fue la culpa? Los hombres blancos han sido terribles conmigo. Sin embargo, también he sido generoso. ¿Alguien se acuerda de eso?

---

8 **Labuán:** isla de la Malasia, ubicada a casi 10 kilómetros de la costa noreste de la gran isla de Borneo.

9 **Crucero:** buque de guerra que alcanza considerable velocidad.

10 **Alabastro:** piedra blanca y translúcida.

11 **Lord:** título de honor que se da en Inglaterra a algunos miembros de la nobleza y a funcionarios de altos cargos.

—¡Por supuesto! Con los débiles has sido quizá demasiado generoso.

El Tigre de la Malasia no dijo nada más. Comenzó a pasearse con los brazos cruzados y la cabeza inclinada, con gesto contrariado.

El portugués no podía adivinar en qué pensaba su amigo, a pesar de conocerlo hacía muchos años. Entonces, se dirigió hacia una puerta escondida tras una tapicería y se dispuso a salir.

—¡Espera, hermano! Mañana iré a Labuán. Una extraña voz me dice que veré a la muchacha de los cabellos de oro...

—¿A Labuán? —se sorprendió Yáñez—. Sandokán, no tientes demasiado a la fortuna...

—Hasta mañana, hermano.

Antes del amanecer, Sandokán abandonó sus aposentos y se dirigió hacia la bahía. Vestía anchos pantalones de seda azul, casaca de terciopelo rojo y altas botas de cuero del mismo color. Llevaba una carabina india de cañón largo, una pesada cimitarra con la empuñadura de oro macizo y, envainado en la cintura, un kris.<sup>12</sup> Descendió hasta la playa por una estrecha escalera tallada en la roca. Yáñez lo esperaba.

—Todo está dispuesto —anunció el portugués—. Mandé preparar los dos mejores barcos de nuestra flota.

—¿Y los hombres?

—En la playa, con sus jefes. No tendrás más que escoger a los mejores.

—¡Gracias, Yáñez!

—No me des las gracias... Quizás haya preparado tu ruina.

—No temas, seré prudente. Apenas haya visto a esa muchacha, regresaré.

---

12 **Kris:** daga de doble filo y hoja serpenteada.

predeca  
atras  
parece  
incred  
dent  
tahola

Llegaron al extremo de la rada,<sup>13</sup> donde flotaban unos quince paraos.<sup>14</sup> Trescientos hombres esperaban: había malayos<sup>15</sup> —vigorrosos y ágiles, célebres por su ferocidad—, nativos de Batán<sup>16</sup> —acostumbrados a devorar a sus enemigos—, dayakos<sup>17</sup> —de alta estatura y bellas facciones, llamados “cazadores de cabezas”—; siameses,<sup>18</sup> indios, javaneses<sup>19</sup> y *negritos*<sup>20</sup> de enormes cabezas.

Sandokán echó una mirada satisfecha a sus “cachorros”, como él los llamaba, y dijo:

—¡Patán, adelante!

Un malayo gigantesco, vestido con un simple sayo<sup>21</sup> y adornado con algunas plumas, dio un paso al frente.

—¿Cuántos hombres tiene tu banda?

—Cincuenta.

—Embárcalos en aquellos dos paraos. La mitad de ellos estará al mando del javanés Giro-Batol.

El malayo se alejó rápidamente, mientras un *negrito* se acercaba.

—Vengo de la costa meridional, jefe blanco —dijo el *negrito* a Yañez—. He visto un gran junco<sup>22</sup> cargado de mercadería que va hacia las islas Romades.

—Está bien, dentro de tres horas caerá en mi poder —afirmó Sandokán—. Después pondré proa<sup>23</sup> a Labuán.

---

13 **Rada:** bahía natural que permite que las embarcaciones queden al reparo del viento.

14 **Parao:** pequeña embarcación filipina de una sola vela.

15 **Malayo:** nacido en la Malasia.

16 **Batán:** una de las islas que integran el archipiélago de las Filipinas, en el sudeste de Asia.

17 **Dayako:** etnia indígena de la isla de Borneo.

18 **Siamés:** nacido en Siam, actual Tailandia, país del sudeste de Asia.

19 **Javanés:** nacido en Java, una de las islas del archipiélago indonesio, en el sudeste de Asia.

20 **Negrito:** grupo de pueblos del sudeste de Asia, que alcanzan en promedio el metro y medio de estatura; el nombre fue puesto por los exploradores españoles.

21 **Sayo:** prenda de vestir holgada y sin botones, que cubre el cuerpo hasta las rodillas.

22 **Junco:** embarcación pequeña usada en las Indias Orientales.

23 **Proa:** parte delantera de las embarcaciones.

Sandokán saltó al barco. Atrás quedó Yáñez, que se despidió de él y le recomendó prudencia. De la playa se elevó un grito:

—¡Viva el Tigre de la Malasia!

—¡Zarpemos! —ordenó el Tigre.

—¿Qué ruta? —preguntó Patán, que había tomado el mando del parao mayor.

—A las Romades —contestó el jefe—. ¡Cachorros, tenemos que saquear un junco!

Las naves de la expedición pirata no eran dos paraos corrientes. Sandokán y Yáñez los habían modificado para aventajar a las naves enemigas. Conservaron las inmensas velas y aumentaron su extensión, y dieron mayor dimensión y formas más esbeltas a la armadura. También los dotaron de un largo puente,<sup>24</sup> y eliminaron uno de los dos timones para facilitar el abordaje.

A pesar de la impaciencia de la tripulación, que ya había puesto a punto la artillería,<sup>25</sup> recién hacia el mediodía se oyó a *Araña de mar* gritar desde lo alto del palo mayor:

—¡Junco a sotavento!<sup>26</sup>

Sandokán fijó su terrible mirada en la embarcación, que ya emprendía maniobras de evasión.

—¡Cachorros, a sus puestos! —gritó.

Los piratas obedecieron. Giro-Batol, en el otro parao, recibió la orden de impedir la retirada del junco. Un instante después se separaban ambas naves, describiendo un gran semicírculo que progresivamente se cerraba sobre la víctima, que no podía competir en velocidad con las naves piratas. El capitán del junco decidió aprestarse

---

24 **Puente:** plataforma estrecha que se construye sobre la cubierta, para que el capitán pueda desplazarse y supervisar lo que sucede en todo el buque.

25 **Artillería:** conjunto de armas y otras máquinas de guerra que tiene una plaza fuerte, un ejército o un buque.

26 **Sotavento:** parte opuesta a aquella por donde viene el viento.

predica  
atras  
parece  
incred  
dent  
tabola

para la lucha y enarboló la bandera del inglés James Brooke,<sup>27</sup> rajá<sup>28</sup> de Sarawak,<sup>29</sup> también conocido como “el exterminador de piratas”.

—¡Cachorros, al abordaje! —gritó Sandokán.

Mientras los piratas tomaban sus carabinas, Patán ocupó el cañón de proa e hizo fuego; el palo mayor del junco osciló y cayó sobre cubierta con cuerdas y velamen.<sup>30</sup>

—¡Buen tiro, Patán! —gritó Sandokán—. ¡Ahora dispara sobre los marineros!

Ambos paraos descargaron su artillería furiosamente. Destrozaron el junco y aniquilaron a la tripulación, que se defendía a tiros de fusil. Entre el humo y los gritos, la nave de Sandokán se arrimó y lanzó los garfios de abordaje.

—¡Cachorros, al asalto! —gritó el pirata.

Sandokán se agazapó como un tigre que se dispone a lanzarse sobre la presa; pero en el instante en que iba a pasar a abordar el junco, una poderosa mano lo detuvo.

Se volvió con furia y vio a *Araña de mar*, que ágilmente se adelantó y lo cubrió con su cuerpo. Un tiro de fusil sonó en el junco y *Araña de mar* cayó fulminado.

—¡*Araña de mar*! —exclamó Sandokán—. ¡Me has salvado!

Furioso, el pirata se lanzó hacia delante y cayó sobre la cubierta del junco entre la tripulación enemiga. Golpeando salvajemente con la cimitarra, despachó a los primeros marineros que se abalanzaron sobre él; los otros piratas de su parao lo seguían, mientras los hombres de la nave de Giro-Batol abordaban por estribor.<sup>31</sup> Los pocos sobrevivientes que quedaban de la tripulación del junco se vieron perdidos y se rindieron de inmediato.

---

27 **James Brooke:** oficial y explorador británico, nacido en 1803 y muerto en 1868.

28 **Rajá:** soberano de las Indias Orientales.

29 **Sarawak:** estado malayo de la isla de Borneo.

30 **Velamen:** conjunto de velas de una embarcación.

31 **Estribor:** costado derecho de un barco, mirando hacia la proa.

—¿Quién es el capitán? —preguntó Sandokán.

—Soy yo —respondió un chino fornido.

—Eres un hombre valiente y tu tripulación es digna de ti —dijo Sandokán—. Cuando llegues a Sarawak, dile al rajá Brooke que no está lejos el día en que mis paraos fondearán<sup>32</sup> en su bahía luego de hundir su flota.

Luego, se quitó un collar de diamantes y se lo alcanzó al capitán.

—Lamento haber destruido tu junco. Con estos diamantes podrás comprar otros diez barcos nuevos.

—Pero ¿quién es usted? —preguntó el capitán, estupefacto.

—Soy Sandokán, el Tigre de la Malasia.



---

32 **Fondear:** asegurarse por medio de anclas que se agarran al fondo de las aguas.

## CAPÍTULO II

### RUMBO A LABUÁN

La expedición continuó camino hacia Labuán.

Mientras la tripulación limpiaba el puente, reparaba los daños y alistaba la artillería y los aparejos de abordaje, Sandokán dispuso que *Araña de mar* y otro pirata muerto en acción recibieran las honras fúnebres en el mar. Entonces, llamó a Patán.

—Dime, malayo —dijo—, ¿sabes cómo ha muerto *Araña de mar*?

—Sí —respondió Patán.

—Cuando voy al abordaje, ¿cuál es tu puesto?

—Detrás de usted.

—Entonces, *Araña de mar* murió en tu lugar...

—Es verdad.

—Debería fusilarte por esa falta; pero no me agrada sacrificar hombres valientes. En el próximo abordaje te harás matar a la cabeza de mis hombres.

—Gracias, señor —dijo Patán.

—¡Sabau! —llamó enseguida Sandokán—. Como fuiste el primero en saltar detrás de mí, cuando Patán muera, tú lo sucederás en el mando del parao.

Los barcos navegaron durante largo tiempo sin encontrar otra nave; cayó la noche, sin novedad, y recién a las tres de la madrugada, sobre el Este, apareció una sutil línea oscura.

—¡Labuán! —dijo Sandokán.

Labuán no era por entonces una base naval importante. Ocupada por los ingleses para combatir desde allí la piratería, albergaba unos mil habitantes. Casi todos eran malayos, excepto unos doscientos hombres blancos. Allí habían levantado una fortaleza llamada *Victoria*, rodeada

de algunos puestos de artillería para repeler ataques desde el mar. El resto de la isla estaba cubierto por densas selvas, todavía pobladas de tigres.

Poco antes de que los paraos consiguieran internarse en un riacho para desembarcar sigilosamente entre la espesa vegetación, un fuerte estampido anunció la presencia del enemigo.

—¡Nos atacan! —gritó Giro-Batol.

A unos seiscientos metros se veía un soberbio crucero de mil quinientas toneladas, poderosamente armado. Sobre el puente, los tambores redoblaban llamando a la tripulación a los puestos de combate.

—¡Cachorros, a los remos! —ordenó Sandokán—. Y tú, Patán, ve a tu cañón. No desperdicies ni un tiro.

En ese instante, el crucero pareció inflamarse y un huracán de hierro arrasó los paraos. Una segunda descarga, igualmente certera, derribó a remeros y artilleros, y causó una espantosa masacre. Envuelto en denso humo, el crucero se alejó más de un kilómetro, dispuesto a reiniciar el fuego.

—¡Los cerdos huyen! —gritó Sandokán—. Pero vamos a alcanzarlos y a destrozarnos... ¡Rápido! ¡Protejan los cañones! ¡Tras ellos, cachorros!

Por ambas partes recomenzó la música infernal, respondiendo tiro a tiro, bala a bala y metralla a metralla. Las tres naves, envueltas en el humo y el furor de la artillería, parecían dispuestas a sucumbir antes que a retroceder. Los paraos estaban deshechos; el agua invadía las bodegas mientras la cubierta se llenaba de cadáveres y de hombres horriblemente heridos. Patán, muerto sobre su cañón, fue reemplazado por un artillero menos experimentado. Los piratas se mantenían firmes esperando saltar sobre la borda enemiga para vengar a sus compañeros.

Pero el crucero volvió a alejarse. Un bramido de furor estalló en los paraos ante la nueva retirada... Era imposible luchar con un enemigo que evitaba el abordaje.

predica  
a través  
parece  
incred  
dent  
tahola

Sandokán, sin embargo, no cedía. Apartó los artilleros, corrigió la puntería del cañón y disparó; el palo mayor del crucero se precipitó al mar, arrastrando a los soldados y a los marineros que se hallaban encaramados sobre la cubierta. Y mientras el crucero maniobraba para salvar a sus hombres, Sandokán aprovechó para hacer subir a su barco a los sobrevivientes del otro parao. La nave, muy averiada, quedó flotando lúgubrementemente con su carga de cadáveres.

—¡A la costa! —gritó Sandokán.

Remando desesperadamente llegaron a la costa. Entraron al riacho con las bodegas inundadas y el casco destrozado. A poco de andar, el parao, vencido, se reclinó a babor<sup>33</sup> y quedó recostado en un banco de arena. Eran casi las seis de la tarde.

Sandokán miró los restos de su expedición y dijo:

—En dos horas se pondrá el sol. El parao debe estar en condiciones de navegar para la medianoche. ¡A trabajar, cachorros!

—¿Atacaremos al crucero?

—No les prometo nada, cachorros, pero llegará el día en que nos vengamos de esta derrota.

Inmediatamente, Sandokán despachó vigías hacia la costa, ordenó que atendieran a los heridos y organizó las tareas de reparación del parao. Cuando todos estuvieron ocupados, llamó a Sabau.

—Patán y Giro-Batol han muerto tratando de abordar esa maldita nave —dijo amargamente—. Ahora el mando te corresponde a ti.

Los hombres trabajaban a buen ritmo, y, entrada la noche, el parao estuvo listo para hacerse a la mar y librar otro combate. Los vigías de la costa fueron llamados de vuelta.

—¿Está libre la bahía? —les preguntó Sandokán.

—Sí, pero el crucero se encuentra a unos setecientos metros.

—El espacio es suficiente y las tinieblas nos ocultarán —dijo Sandokán—. ¡Vamos!

---

33 **Babor:** costado izquierdo de un barco, mirando hacia la proa.

Con Sabau a su lado, guió firmemente el parao hacia la boca del río. La luna no había aparecido aún. Los hombres, aferrados a las armas, observaban en silencio la negra espesura. Debieron esperar la creciente<sup>34</sup> para pasar sobre un banco; el leve sonido de la arenilla al rozar contra el casco llenó de angustia la espera. Una vez libres, desplegaron una vela negra para confundirse entre las sombras de la noche.

Al entrar en la bahía, localizaron el crucero; era solo una mancha oscura, pero se escuchaban sus motores nítidamente.

—El crucero está esperándonos —dijo Sandokán—. Nos mantendremos cerca de la costa; la selva nos ocultará.

Avanzaron unos seiscientos metros hasta la salida de la bahía, cuando a su popa,<sup>35</sup> sobre la estela, apareció un extraño resplandor. Parecía que un millar de pequeñas llamas surgían del fondo del mar.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Sabau.

—Tal vez sea el castigo a nuestra indigna retirada —dijo Sandokán, con tono feroz—. Quizá son los dioses que nos recuerdan que, antes que huir como cobardes, es mejor morir con las armas en la mano...

El mar se iba poniendo cada vez más fosforescente; las algas luminosas se multiplicaban alrededor del parao. La superficie parecía arder como por arte de magia, y más tarde o más temprano llamaría la atención del crucero. Los piratas, que no se resignaban a la huida, comprendieron que se avecinaba el combate.

Casi con alivio, vieron encenderse los fanales<sup>36</sup> del buque enemigo. Inmediatamente, las chimeneas escupieron un infierno de fuego en señal de que las calderas estaban siendo alimentadas. Se escuchaban el redoblar de los tambores en cubierta y el ruido de la cadena del ancla: la caza había comenzado.

---

34 **Creciente:** subida del agua del mar por efecto de la marea.

35 **Popa:** parte posterior de una embarcación.

36 **Fanal:** farol que se pone en las embarcaciones.

parece  
atras  
parece  
incred  
dent  
tahola

La chimenea del crucero vomitaba un espeso humo rojizo. Las calderas rugían. Se sentía el batir de las ruedas mordiendo rabiosamente las aguas; se escuchaban las órdenes de los oficiales y los pasos precipitados de los tripulantes. La enorme embarcación corría para aniquilar finalmente a los piratas.

—¡Preparémonos para morir! —gritó Sandokán—. ¡Somos los tigres de la Malasia!

El cañoneo comenzó. El gigantesco crucero amenazaba con embestir al parao, mientras que con la artillería abría enormes boquetes en la estructura de la endeble nave de madera. Los piratas descargaban sus carabinas sobre los artilleros para amainar el infernal poder destructivo del enemigo. La única opción de Sandokán era el abordaje; pero el parao, acribillado, destartelado y con agua en las bodegas, difícilmente podría arrojarse mucho más.

Trece hombres resistían aún en el parao, atrincherados tras los despojos de sus compañeros. Aunque la derrota ya era completa, nadie pensaba en rendirse. En medio de un huracán de hierro y humo, el crucero enderezó su espolón<sup>37</sup> sobre el parao; Sandokán, aferrado al timón, maniobró con precisión para evitar el golpe y luego arrojó su nave contra las paletas del crucero. El impacto fue total; la proa entera quedó destruida, pero dos garfios de abordaje se fijaron a la borda.

Como fieras sedientas de venganza, los piratas ganaron la cubierta ante el estupor de los ingleses. Los primeros en batallar sin suerte fueron los artilleros. Luego las cimitarras destrozaron a los soldados que salían al encuentro de los enfurecidos piratas, mientras estos se dirigían a la popa para apropiarse de los cañones, con la finalidad de volverlos contra los ingleses. Los oficiales consiguieron organizar en línea unos setenta hombres bien armados, protegidos además por una

---

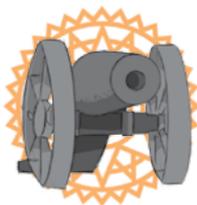
37 **Espolón:** remate que va en la punta de la proa de los barcos.

batería.<sup>38</sup> La horda se lanzó contra ellos, cortando brazos y haciendo rodar cabezas, pero pagó caro el fuego próximo de los fusiles.

Únicamente Sandokán y cuatro de sus cachorros, cubiertos de heridas y con las armas ensangrentadas hasta la empuñadura, continuaban el camino hacia la popa. Los soldados se reorganizaron: un certero disparo alcanzó al Tigre de la Malasia en el pecho y lo hizo trastabillar.

—¡Maten, cachorros! —gritó Sandokán, enfurecido—. ¡Maten a los cerdos ingleses!

La línea inglesa avanzó con las bayonetas caladas.<sup>39</sup> Los piratas se arrojaron como fieras enloquecidas; el choque fue mortal. Los cuatro cachorros perecieron protegiendo con sus cuerpos a Sandokán, quien, mortalmente herido, traspasó con su cimitarra a un hombre que intentó capturarlo. Todo había terminado. Con un último esfuerzo, el Tigre de la Malasia se arrojó al mar y desapareció bajo las negras olas.



---

38 **Batería:** conjunto de piezas de artillería, dispuestas para disparar.

39 **Avanzar con las bayonetas caladas:** avanzar con las bayonetas ensambladas en el fusil y apuntando al enemigo. La bayoneta es una especie de cuchillo que se adapta a la boca del fusil.

predica  
a través  
parece  
incredi  
dent  
tahola

## CAPÍTULO III

### CURACIÓN Y AMOR

Sandokán despertó en una habitación espaciosa, tendido sobre un cómodo lecho. Por un momento le pareció que estaba soñando. Miró a su alrededor; no había nadie.

La habitación era elegante y estaba iluminada por dos grandes ventanas, tras las cuales se veían altísimos árboles. En un rincón había un piano; en el opuesto, un caballete con una pintura inconclusa. Cerca de la cama, sobre una banqueta de ébano, Sandokán halló su kris y un libro abierto, con una flor mustia señalando una página. Tomó el libro y leyó en las tapas de cuero la palabra “Mariana”. ¿Era aquel un nombre o una palabra desconocida? Percibió a lo lejos los acordes de una mandolina<sup>40</sup> y una suave e inexplicable sensación lo invadió.

—¿Dónde estoy? —se preguntó—. ¿Qué me ha ocurrido? Recuerdo el crucero enemigo, el mar, la costa y haber andado por una selva infernalmente densa...

Entonces el picaporte de la puerta giró y entró un hombre de aspecto anglosajón y barba rubia. Era alto y vigoroso, de unos cincuenta años. Sus ojos expresaban firmeza: parecía estar acostumbrado a mandar y a ser obedecido.

—Me alegra verlo tranquilo —dijo—. Ha pasado tres días terribles, delirando por la fiebre.

—¿Llevo tres días aquí? —preguntó Sandokán—. ¿Dónde estoy? ¿Quién es usted?

---

40 **Mandolina:** instrumento musical de cuerdas y de pequeño tamaño.

—Estamos en Labuán, y yo soy lord James Guillonk, capitán de navío de Su Majestad la Reina Victoria.<sup>41</sup>

Sandokán, que odiaba a los ingleses, dijo secamente:

—Le doy las gracias, milord.<sup>42</sup>

—Mi deber, señor, es socorrer a quien necesite mi ayuda. ¿Cómo se siente?

—Me siento bien.

—Me alegro. Sin embargo, si no es una indiscreción, me interesaría saber qué le ha ocurrido. Se le extrajo del pecho una bala, y tenía el cuerpo cruzado de heridas de arma blanca...

—No es mucho lo que puedo decirle —dijo Sandokán, sin perder la calma—, excepto que, por la noche, mi nave fue abordada. Todo pasó muy rápido... Me dieron por muerto y me arrojaron al mar. Ignoro qué ocurrió después.

—Posiblemente haya sido víctima de los tigres de la Malasia —dijo el lord—. Estuvieron merodeando estas costas, hasta que uno de nuestros cruceros los aniquiló. ¿Dónde lo asaltaron?

—No lejos de las Romades. Me dirigía a dejar un obsequio al sultán de Varauni, de parte de mi hermano, el sultán de Shaja.

—¡Entonces usted es un príncipe malayo! —exclamó el lord tendiéndole la mano, que el convaleciente estrechó con desgano.

Un rumor lejano captó la atención de Sandokán. Nuevamente el sonido de aquella mandolina.

—¡Qué hermosa música! ¿Quién toca? —preguntó.

El lord, sonriendo, salió de la habitación. A los pocos minutos volvió a entrar, pero esta vez acompañado por una hermosa criatura.

---

41 **Victoria:** nacida en 1819, fue reina del Reino Unido desde 1837 hasta su muerte, en 1901, y la primera emperatriz de la India desde 1877 hasta 1901; su reinado estuvo marcado por la gran expansión colonial del Imperio Británico y por el apogeo de la Revolución Industrial.

42 **Milord:** tratamiento de cortesía que se les da a los lores y funcionarios ingleses de alto rango.

prácticamente  
a través  
parece  
incredible  
dentro  
había

Era una muchacha de unos dieciocho años, pequeña y de singular elegancia. Su piel era rosada y fresca. Los ojos, azules como las aguas del mar, y el cabello, muy rubio, le caía desordenadamente sobre los hombros y el escote.

Sandokán, inmediatamente, quedó fascinado, pero también profundamente conmovido ante aquella delicada flor criada en las agrestes selvas de Labuán.

—Permítame que le presente a mi sobrina, lady<sup>43</sup> Mariana Guillonk.

—¡Mariana Guillonk! —repitió Sandokán.

—¿Encuentra extraño mi nombre? —preguntó la joven.

La voz de la muchacha era de una dulzura celestial y produjo una fuerte emoción en aquel hombre acostumbrado al rugir de los cañones y a los alaridos desesperados de los combatientes.

—No, por el contrario —dijo—, lo leí en la cubierta de aquel libro y supuse que sería el nombre de una muchacha muy hermosa. No me equivoqué...

Mariana se ruborizó, y entonces Sandokán, a la luz de esos bellos rasgos, comprendió quién era en realidad aquella extraordinaria joven. Ella era la razón por la que había preparado su expedición; era la hermosa muchacha de los cabellos de oro de la que le había hablado Yáñez y por quien había sacrificado a sus cachorros.

—Usted es la Perla de Labuán —dijo, como en un sueño.

El lord frunció el ceño y, mirando con extrañeza al convaleciente, le preguntó:

—¿Cómo sabe usted eso? ¿No viene acaso de la península de Malasia?

—En Shaja, más allá de las Romades, me hablaron de una joven de belleza incomparable, ojos azules y cabello rubio, perfumado como

---

43 **Lady:** título que se les da en Inglaterra a las señoras de la nobleza y a otras mujeres de familias destacadas.

un jazmín de Borneo —dijo Sandokán, mirando fijamente a la muchacha—. Me dijeron que monta con destreza y que las más terribles fieras se rinden a sus pies. Otros cuentan que, al atardecer, esa niña hechiza con su canto de ruiseñor a los pescadores de la costa. En sueños, yo mismo he escuchado esa voz...

Mariana volvió a sonrojarse y apartó la vista de los poderosos ojos de Sandokán. Sonriendo, preguntó:

—¿Tantos méritos se me atribuyen?

—Sí... Y sin embargo, no le han hecho justicia.

—Mi querida sobrina —intervino el lord—, creo que terminarás por enamorar al príncipe. Ahora será mejor dejarlo descansar; luce un poco desmejorado. ¡Buenas noches!

Los días siguientes fueron de una felicidad perfecta. Sandokán se restablecía bajo el amoroso cuidado de Mariana; los recuerdos de su pasada vida de combate le parecían increíblemente lejanos. Apenas recordaba su sangrienta derrota y la jurada venganza, y no deseaba pensar en su buen amigo Yáñez, que estaría desesperado en Mompracem, ignorando todo acerca de la suerte del Tigre de la Malasia y su expedición. En cambio, prefería quedarse mudo y escuchar las embriagadoras canciones que brotaban de los labios de Mariana. Era el éxtasis. No podía apartar la mirada del angelical rostro de la muchacha, y sus manos buscaban las de ella, cálidas y suaves.

Dos semanas pasaron, y una mañana, al entrar el lord en la habitación de Sandokán, lo encontró de pie y listo para salir.

—Veo que ya se siente bien, así que tengo una propuesta que hacerle —dijo el lord—. He invitado a algunos amigos a cazar un tigre que ronda el parque. ¿Podemos contar con su presencia?

—Seré de la partida, milord.

—¡Excelente! Sepa, mi amigo, que aunque ya esté casi totalmente restablecido, no lo dejaré marchar antes de algunos meses. Queremos tenerlo con nosotros. Deme su palabra de que se quedará.

predecir  
a través  
parece  
incredible  
dentro  
habla

—Sí, milord, me quedaré el tiempo que usted quiera —contestó—. Acepto la hospitalidad que tan cordialmente me brinda, y tenga por seguro que puede contar con mi gratitud. Y si algún día, por la razón que sea, el destino nos enfrenta, yo recordaré el modo en que usted procedió conmigo.

El inglés lo miró estupefacto.

—Usted es un hombre extraño —dijo, y se retiró.

A la mañana siguiente, Sandokán bajó temprano para sumarse a la cacería. Encontró al lord en las escaleras, y juntos se dirigieron al salón de armas de la planta inferior, donde los esperaba Mariana.

—¡Ah, milady,<sup>44</sup> me alegra que nos acompañe! —exclamó Sandokán—. ¿Me permitirá que le regale la piel del tigre, en cuanto lo haya atravesado con mi kris?

—Mejor utilice esto, amigo mío —dijo el lord, alcanzándole una carabina—. Ahora, vayamos al parque.

La excursión estaba compuesta por cuatro colonos y un oficial de la marina británica. Sandokán experimentó la más viva antipatía por este último, a quien tuvo que estrechar la mano muy a su pesar. El sentimiento, de todos modos, fue mutuo. No bien Sandokán se hubo alejado unos pasos con Mariana, el oficial se acercó al lord y le dijo:

—A ese malayo lo he visto en alguna parte...

—Se equivoca, mi buen baronet<sup>45</sup> William —dijo el lord—. ¡Pongámonos en camino! ¡Tenemos un tigre que cazar!

—Me bastará un disparo para matarlo. La piel será para lady Mariana —aseguró el baronet.

—Espero matar al tigre antes que usted, señor —comentó Sandokán, uniéndose al grupo.

---

44 **Milady**: tratamiento de cortesía que se les da en Inglaterra a las mujeres de la nobleza.

45 **Baronet**: título hereditario concedido por la corona británica.

—¡Ah, rivalidad deportiva! ¡Ese es el espíritu, señores! —dijo el lord, sonriente—. ¡A los caballos! ¡La cacería ha comenzado!

La partida se dispersó, precedida por los batidores<sup>46</sup> y los perros. Sandokán azuzaba su fogosa cabalgadura<sup>47</sup> mientras, en voz baja, maldecía al patético oficial inglés que se interponía entre él y Mariana.

La trompa<sup>48</sup> sonó, no lejos, indicando que la presa había sido vista. Un par de batidores pasaron corriendo cerca de Sandokán... Huían. Según dijeron, el animal estaba cerca del lago.

La vegetación que rodeaba el lago era sumamente frondosa; Sandokán desmontó y examinó el terreno. El tigre había intentado perder a los perros en el agua; las huellas indicaban que estaba siguiendo la costa. De pronto, se escuchó un tiro a muy corta distancia, seguido de una exclamación. Sandokán corrió hacia allí y descubrió a Mariana.

—¡Usted aquí, y sola! —exclamó Sandokán.

—Disparé contra el tigre. Pero no he acertado y se escapó —replicó ella.

—¿Por qué se arriesga enfrentando a ese terrible animal?

—Para impedir que usted intente imprudentemente matarlo con el kris —dijo Mariana—. No tiene que probarme que es valiente: ya lo sé, lo veo en sus ojos. No soportaría verlo luchar cuerpo a cuerpo con semejante fiera.

—Sin embargo, yo ansío la lucha —repuso Sandokán—. Si quedara malherido, podría estar a su cuidado un año entero, viviendo bajo el mismo techo, gozando de las dulces emociones que me ha hecho sentir. Sería feliz, muy feliz, oyendo otra vez su voz y contemplando de nuevo su adorable rostro. Sé que ya no podré vivir lejos de usted...

---

46 **Batidor:** explorador que recorre el campo para hacer salir a las presas de caza.

47 **Cabalgadura:** animal en el que se cabalga.

48 **Trompa:** instrumento musical de viento.

preca  
atras  
parece  
incrédi  
dent  
tabola

Mariana escuchaba en silencio, hechizada por la terrible voz y la extraña mirada de Sandokán. Las manos de ambos estaban entrelazadas.

—Pero debe saber que guardo un secreto que por el momento no puedo develar —continuó Sandokán—. Soy un hombre poderoso y por mis venas corre sangre real; pero también tengo enemigos despiadados, tanto en el sultanato de Borneo como entre los ingleses de esta isla. Soy temido y perseguido. Sin embargo, desde que la vi, nada me interesa más que ganar su amor. Mi mayor deseo es obedecerla y hacerla feliz, pero... ¿podría usted amar a un hombre como yo?

—Podría... —murmuró ella, conmovida. Su voz era apenas un hilo.

A lo lejos, sonaron varios disparos.

—¡El tigre! —exclamó Mariana.

—¡Es mío! —gritó Sandokán. Montó su caballo y partió, seguido de cerca por la muchacha.

Trescientos metros más adelante estaban los otros cazadores. El oficial de marina avanzaba apuntando con su fusil hacia un grupo de árboles. Sandokán se arrojó de la cabalgadura y empuñó el kris. Miró con desprecio al baronet y se internó como un animal salvaje en la espesura de la selva. Por el flanco opuesto avanzó el baronet, moviéndose imprudentemente; divisó al tigre al pie de un enorme tamarindo<sup>49</sup> y casi sin apuntar disparó.

No había llegado a disiparse el humo de la detonación cuando el tigre cayó sobre el baronet y lo hizo rodar por tierra. Segundos después, llegó Sandokán y distrajo a la fiera, que ya se disponía a destrozar el cuello del temerario oficial británico.

—Yo también soy un tigre —dijo Sandokán.

---

49 **Tamarindo:** árbol de tronco grueso y gran altura, originario de Asia.



Bastó un solo movimiento en falso de la fiera —indecisa entre la huida, la presa que había derribado y la lucha— para que Sandokán se arrojase sobre ella y, con un golpe corto y preciso, hundiera el kris hasta el cabo, atravesándole el corazón. El cuerpo golpeó el piso con un estampido sordo.

—Milady —comentó Sandokán, con gesto displicente—, la piel del tigre le pertenece.



án res-  
os, los  
a amé  
anta bá-  
e copá  
oda va  
estando

## CAPÍTULO IV

### LA TRAMPA

La comida que siguió a la cacería fue espléndida. No faltaron típicos platos ingleses y malayos, ni frutas exóticas, ni excelentes vinos y bebidas espirituosas. Se brindó en honor de Sandokán y de la Perla de Labuán.

Mientras se servía el té se discutió acerca de tigres, cacerías, piratas y barcos; el oficial de marina, entretanto, se mostraba sombrío y silencioso. Observaba fijamente a Sandokán, como estudiándolo. Al rato, lo interrumpió:

—Disculpe, príncipe, ¿cuándo llegó usted a Labuán?

—Hace unos veinte días —contestó Sandokán.

—¿Y cómo es posible que su nave no haya sido vista en Victoria?

—Porque fui asaltado cerca de las Romades. Los piratas se llevaron mis paraos y tuve que llegar a nado.

—Estoy confundido, príncipe —señaló el baronet, en un tono ligeramente irónico—. Nuestro crucero patrullaba entonces ese paraje, y no recuerdo haber escuchado el eco de cañones ni haber observado los despojos de un combate...

—¿Duda usted de mis palabras? —dijo Sandokán secamente, mientras se ponía de pie.

Por un segundo pareció que el enfrentamiento entre los dos hombres era inminente, pero lord James intervino y reprendió al baronet por su descortesía. Un último brindis, bastante frío, marcó el final de la velada. La noche había caído. Mientras Sandokán se despedía de los colonos, observó que el baronet William se llevaba aparte al lord y le hablaba en voz baja, echando suspicaces miradas a su alrededor. El rostro del lord se tensaba poco a poco.

parece  
a través  
parece  
incred  
dent  
Tabla

A la mañana siguiente, Sandokán buscó a lord James, pero los criados le informaron que había partido hacia Victoria antes del amanecer. La noticia no pudo resultarle más sospechosa.

Bajó al parque y empezó a pasearse nerviosamente. Mariana, acompañada de dos guardias armados, salió a su encuentro.

—Mi pobre amigo, me alegra verlo —dijo la muchacha—. Acompañeme a la pérgola<sup>50</sup> y guarde silencio... Tenemos que hablar.

La pérgola se encontraba en un rincón del jardín, rodeada de altos árboles e invadida por todo tipo de maleza. Era un sitio agradable y fresco, que simulaba una pagoda<sup>51</sup> en miniatura. Los guardias se quedaron a una distancia prudencial.

—Lord James es un hombre muy suspicaz y usted se ha comportado de manera extravagante —dijo ella en voz queda—. Las insinuaciones del baronet William Rosenthal lo han alarmado... Usted me dijo que guardaba un secreto que, creo, está a punto de ser descubierto, y me horroriza pensar que puede costarle la vida... ¡Hable, amigo mío! Si en realidad me ama, debe decirme la verdad. ¡Ahora!

—Milady, temo que la verdad sea demasiado horrible —repuso Sandokán, tomando las manos de la muchacha—. Temo que, si he despertado algún sentimiento en usted, ese sentimiento muera al echar luz sobre mi pasado.

—Si en realidad me ama, me dirá la verdad.

Mariana tenía fija la mirada suplicante en los ojos de Sandokán.

—Hay un nombre que es el horror y la perdición de los navegantes; un nombre que en las costas significa destrucción y sangre —dijo él. Su rostro expresaba un enorme cansancio: nunca antes, en ninguna de las desgracias de su vida salvaje, había sentido semejante abatimiento y resignación—. Los ingleses, los españoles y los holandeses lo repiten con respetuoso temor, mientras que los malayos, cansados de

---

50 **Pérgola:** almacén cubierta de plantas.

51 **Pagoda:** templo de algunas deidades orientales.

la opresión del hombre blanco, lo veneran. Quizá ni siquiera sea un nombre, sino una especie de maldición... Mariana, ¿has oído hablar del Tigre de la Malasia?

La muchacha se cubrió el rostro con las manos. Débiles sollozos llegaban a los oídos de Sandokán, que no se atrevía a tocarla ni a consolarla.

—Mi nombre es Sandokán, y soy el Tigre de la Malasia. Pero no soy un criminal; me han atacado y me he defendido. Reino en Mompracem, desde donde impongo mi ley. Mis manos están manchadas de sangre y comprendería tu rechazo...

—Yo no te rechazo, Sandokán. Te amo y quiero estar a tu lado... Quiero que me lleves a una isla lejana, que sea solo para nosotros dos. Quiero dejar todo esto atrás y que me hagas tu esposa.

Sandokán experimentó una intensa sensación de alivio y tranquilidad. Todas sus dudas se esfumaron. Finalmente, los días de piratería habían terminado.

—Ahora, Sandokán, debes marcharte —dijo Mariana—. Debes ponerte a salvo de lord James... ¡Tengo miedo! Es preciso que te vayas. ¡Vete, pronto!

Sandokán tomó a la muchacha entre sus brazos, cuando un sonido cercano lo sobresaltó: eran cascos<sup>52</sup> golpeando contra la grava<sup>53</sup> del camino.

—¡Huye, Sandokán! —repitió Mariana.

—Yo no voy a ninguna parte —dijo Sandokán, soltando a la muchacha. Se volvió lentamente, y halló al lord que vestía su uniforme naval, montado en un soberbio animal.

—Si yo fuese un hombre de su calaña, antes de aceptar la hospitalidad de un enemigo me hubiera hecho matar... Usted no es más que un vil asesino —acusó desdeñosamente el inglés.

---

52 **Casco:** uña de los caballos, sobre la que se asienta la herradura.

53 **Grava:** piedras pequeñas con las que se cubren y alisan los caminos.

predica  
atras  
parece  
incred  
dent  
tabola

—Señor, mida sus palabras... —replicó Sandokán. Y un chasquido, detrás de la cerca que marcaba los límites del jardín, captó su atención. A través del denso follaje alcanzó a distinguir el color de los uniformes ingleses.

—¡Fuera de mi propiedad! —ordenó el lord, impetuosamente.

—Señor —dijo Sandokán, avanzando hacia lord James —, si yo le hubiese brindado hospitalidad, si lo hubiera llamado “amigo” y hubiera descubierto luego que no lo era, simplemente le hubiera señalado la puerta. No le hubiera tendido una trampa. Allí, emboscados tras la cerca, en el camino, están sus hombres dispuestos a fusilarme. Ordene que se retiren y que me dejen el paso libre. Entonces, me iré.

—¿Acaso tiene miedo el Tigre de la Malasia?

—No, pero esto no es un combate.

—¡No me importa! ¡Fuera de mi propiedad!

—Milord, no me amenace...

—¡Soldados, acérquense! —gritó el lord—. Y en cuanto a ti, maldito asesino, ya es hora de pagar... Estás cercado y los soldados vienen a prenderte. Mañana mismo te colgaremos...

En un movimiento increíblemente veloz y preciso, el pirata se acercó a la cabalgadura del inglés, la aferró por la brida,<sup>54</sup> y de un golpe arrojó al jinete en tierra. El lord intentó incorporarse, pero Sandokán le puso el kris contra la garganta y le dijo:

—El Tigre de la Malasia cumple con su palabra. Podría matarlo ahora mismo, pero le prometí respetar su vida como enemigo. Ahora... ¡váyase!

Lord James se incorporó trabajosamente y corrió hacia la casa. Solo cuando estuvo a una distancia prudencial del kris del pirata, llamó a gritos a los guardias. Mariana, que había quedado oculta en la pérgola, corrió hacia Sandokán. Él la recibió entre sus brazos.

---

54 **Brida:** freno del caballo, que incluye las riendas y todo el correaje.

—Mariana —dijo—, júrame que serás mi esposa. Júrame que me esperarás...

—Te lo juro, Sandokán.

—Debo irme ahora —continuó el Tigre de la Malasia, mientras montaba la cabalgadura del lord—. En una semana volveré a buscarte e iniciaremos una nueva vida juntos... ¡Espérame hasta entonces!

—¡Sí, te lo prometo!

Sin decir más, el pirata golpeó los flancos de su caballo, se agazapó sobre la montura y se dirigió hacia las puertas, que permanecían abiertas. Los soldados, que habían estado apostados tras la cerca, comenzaban a agruparse allí y a disparar. El corcel de Sandokán cruzó a galope tendido entre la tropa, que no tuvo más remedio que hacerse a un lado.

—Ahora, a la selva —se dijo, y desmontó a unos quinientos metros de la propiedad, lejos de los fusiles.



## CAPÍTULO V

### LA CAZA DEL PIRATA

Sandokán sabía que la costa más próxima se hallaba hacia el Oeste, pero también tenía en claro que los soldados ya estarían sobre su paso. Era preciso, pues, dar un largo rodeo y buscar otro punto para embarcar.

Se internó en un lúgubre pantano para evitar que los perros siguieran su rastro. El agua le llegaba hasta las rodillas, y mientras andaba, nubes de insectos se elevaban y lo envolvían. El calor, a pesar de estar declinando la tarde, era atroz.

Poco antes de que las primeras estrellas estuvieran visibles, llegó hasta un gigantesco tilo. Trepó y se dispuso a pasar la noche lejos de las fieras. Hacia el amanecer, un tenue ruido lo despertó. Eran dos soldados que avanzaban sigilosamente.

—¡Demonios! —se dijo Sandokán—. ¿Será posible que hayan podido seguir mi rastro?

Los soldados se detuvieron a descansar. Uno de ellos prendió un cigarrillo, se sentó sobre una enorme raíz y, mientras dejaba su fusil, dijo:

—¿Sabes, John? No me gusta andar por esta maldita selva. Siento que ese cochino pirata va a caer sobre nosotros en cualquier momento. Por lo que sé, podría estar ahora en este enorme tilo, esperando para beber nuestra sangre...

—Cierto, pero me vendrían bien las cincuenta libras esterlinas<sup>55</sup> que el baronet Rosenthal ofreció por su cabeza. No pienso quitar el

---

55 **Libra esterlina:** unidad monetaria inglesa.

dedo del gatillo hasta que lleguemos a Victoria... ¿Es aquí donde debemos encontrarnos con el sargento Willis? Dijo que nos adelantáramos cinco millas<sup>56</sup> y lo esperásemos, ¿verdad?

—¡No me importa lo que haya dicho! No pienso quedarme aquí sentado esperando a que un kris me corte el cuello. Nuestra orden es custodiar esta franja de bosque. Yo digo que avancemos hasta la playa y esperemos allí al condenado Willis.

Sin decir más, los soldados se pusieron lentamente en marcha. Sandokán, que había estado siguiendo la conversación, esperó a que sus perseguidores se alejaran un buen trecho y descendió. No le quedaba más remedio que continuar desviándose hacia el Sur, para evitar futuras batidas y burlar posibles retenes.<sup>57</sup>

Anduvo a buen paso por la espesura hasta llegar a un apretado grupo de árboles. Allí, mientras rodeaba un añoso alcanforero,<sup>58</sup> tropezó con un bulto rojo.

El rojo correspondía a un uniforme inglés, el bulto era un hombre, y el hombre lo apuntaba con un fusil. Pasado el primer momento de desconcierto, Sandokán se recriminó su torpeza y no pudo más que dejar escapar una seca carcajada. ¡Toparse en plena selva con un maldito sargento detrás de un árbol! La risa, para el inglés, resultó escalofriante.

—¿De qué se ríe? ¿Es gracioso que esté por meterle una bala?

—Mi buen Willis —contestó Sandokán—, me río de ti. Apuesto a que cuando te levantaste esta mañana no sabías que hoy sería tu último día de vida...

—¿Cómo sabe mi nombre? —dijo el inglés, temblando.

—Porque vengo del infierno y lo sé todo, Willis.

---

56 **Milla:** medida de longitud equivalente a 1609 metros.

57 **Retén:** tropa de refuerzo.

58 **Alcanforero:** árbol del cual, mediante destilación, se obtiene el alcanfor, una sustancia que se utiliza en la fabricación de papel, pólvora sin humo y medicamentos.

medica  
atras  
parece  
incred  
dent  
tabola

Willis retrocedió un paso, como si quisiera alejarse de una visión pesadillesca. Sandokán aprovechó para desviar la punta del fusil y arrojar un certero golpe contra la mandíbula del inglés. Un segundo más tarde, el kris de Sandokán se apoyaba sobre la garganta de Willis, que estaba francamente aterrorizado:

—¡Perdón, señor! ¡No me mate, yo sigo órdenes! ¡Por Dios!

—Tranquilo, mi estimado Willis —dijo Sandokán, levantando por las solapas al inglés—. El Tigre de la Malasia ha decidido que vivirás... Pero necesito que me digas en qué dirección me buscan tus superiores.

—Por la costa occidental, señor.

—Lo suponía. ¿Y cuántos hombres vienen tras de mí?

Willis frunció el ceño con pesar y luego respondió:

—No puedo darle esa información, señor. Sería traición.

—Y tú no eres un traidor, ¿verdad, Willis? Olvida eso y dame tu uniforme... No te preocupes, te dejaré mi ropa. A propósito, los botones de mi chaleco son esmeraldas. Creo que harías bien en venderlas y comprar una buena granja. La vida militar no es para ti, mi buen Willis...

—¿Por qué procede de este modo conmigo? ¿Acaso usted no es el Tigre de la Malasia?

—Precisamente porque soy el Tigre de la Malasia procedo de este modo, muchacho. Ahora, te quedarás aquí una hora o dos y luego volverás a la propiedad del lord y contarás cualquier historia. Y no dejes que te quiten esas piedras. ¿Cómo me sienta el uniforme, Willis? ¿Perfecto, verdad? ¡Adiós, y buena suerte!

—Muchas gracias, señor. ¡Adiós!

Sandokán decidió que, si lo buscaban en la costa occidental, lo más seguro sería tomar la dirección contraria. Cruzó un amplio claro rodeado por árboles centenarios, en el que se adivinaban antiquísimas ruinas de piedra, y luego siguió una senda a punto de ser devorada por la vegetación. Hacia la tarde, percibió el olor del mar. El final del camino estaba próximo.



—¡Eh, camarada! —gritó una voz.

Sandokán se volvió y vio a dos soldados. Eran los mismos que lo habían despertado esa mañana. Se los veía relajados y ociosos.

—¿Qué hacen aquí? —dijo en mal inglés, para ser tomado por un cipayo.<sup>59</sup>

Los hombres, al observar el uniforme de sargento, se pusieron de pie y comunicaron en tono respetuoso las novedades: no habían hallado pistas del pirata.

—¡Claro que no hallaron pistas, porque ese demonio ha ido en otra dirección! Los perros han seguido el rastro hacia el centro de la isla. Debemos rodear la colina antes que caiga la noche. ¿Entendido? Lord Guillonk aumentó a cien libras la recompensa para quien capture o mate al Tigre de la Malasia... No creo que sean ustedes quienes cobren el dinero, pero... ¡Andando!

Los soldados partieron. Sandokán, que no había comido nada en todo el día, aprovechó para juntar algunas frutas silvestres. Antes de saciarse, un disparo de fusil llamó su atención. Tras aguzar el oído, percibió el lejano galope de un caballo que se acercaba.

—¿Es que no me dejarán nunca en paz estos ingleses? —se dijo.

Se ocultó entre la maleza y amartilló<sup>60</sup> el fusil. El sordo sonido de los cascos contra la tierra se percibía cada vez más cercano. También se escuchaba otro sonido, como si alguien o algo corriera entre la maleza.

—Quizá sea algún cazador persiguiendo un babirusa<sup>61</sup> —pensó.

En efecto se trataba de un cazador, pero la presa era humana... Como un rayo, un cuerpo cobrizo y semidesnudo pasó a escasos metros del cañón del fusil del pirata. Moviéndose con asombrosa agilidad, el hombre se encaramó a un sicomoro<sup>62</sup> y trepó rápidamente hasta quedar

---

59 **Cipayo**: soldado indio al servicio de Gran Bretaña.

60 **Amartillar**: preparar el fusil para disparar.

61 **Babirusa**: cerdo salvaje de carne comestible.

62 **Sicomoro**: árbol parecido a la morera.

oculto entre el follaje. Unos segundos después, apareció un soldado de caballería del regimiento de Bengala<sup>63</sup> que castigaba furiosamente su cabalgadura. En la mano derecha sostenía una carabina.

Sandokán apuntaba a la cabeza del jinete. Deseaba apretar el gatillo, pero la posibilidad de que hubiera más ingleses en la zona lo contuvo. Evidentemente, ese soldado estaba tras los pasos de otro hombre. ¿Sería uno de sus cachorros, que había sobrevivido a la desastrosa expedición a Labuán? ¿O sería un miembro de una partida de rescate, encabezada por Yáñez? Si se trataba de un pirata, el mejor modo de ayudarlo era mediante un certero disparo contra el jinete... Pero la situación debía ser abordada con astucia.

—¡Soldado! —gritó Sandokán con tono imperioso, mientras avanzaba hacia un claro—. ¡Aquí! ¿Qué demonios estás haciendo?

—¡Por todos los diablos! —exclamó el cipayo, volviéndose hacia Sandokán—. ¡Un sargento! ¡Creí que todos habían quedado atrás! Ven-go siguiendo al Tigre de la Malasia, y dentro de poco haré flamear su piel en Victoria y me cobraré la recompensa.

—¿Por dónde se fue? —preguntó Sandokán.

—Se metió allí, donde la selva se hace más espesa...

—Pues te diré qué haremos, soldado. Si entramos a ciegas allí, el pirata nos matará como perros. Es un hombre sanguinario... Creo que debemos rodear el sector, revisando mata por mata, cada uno por su lado: así lo llevaremos hacia el extremo opuesto. Allí lo atraparemos y nos repartiremos la recompensa... ¿Qué dices?

—De acuerdo —respondió el cipayo—. ¡Hay que darse prisa! No quiero estar aquí cuando anochezca.

El jinete picó espuelas<sup>64</sup> y se alejó por su lado. Sandokán esperó un momento y luego se dirigió hacia el sicomoro al que había trepado el fugitivo:

---

63 **Bengala:** región situada en el noreste del subcontinente indio.

64 **Picar espuelas:** clavar las espuelas en el animal para que tome velocidad.

problema  
a través  
parece  
incredi-  
blemente  
fácil

—¡Baja! —dijo en malayo—. El soldado se ha ido...

—¡Esa es la voz del Tigre de la Malasia!

Con la agilidad de una pantera, el hombre bajó y quedó de pie ante su jefe.

—¡Giro-Batol! ¿Eres acaso un espectro? Te di por muerto en el parao cuando recogí tu tripulación...

—Una esquirra me hirió en la cabeza. Quedé tendido sin poder moverme, pero cuando el parao comenzó a hundirse, me aferré a un trozo de arboladura.<sup>65</sup> Luego no recuerdo nada, excepto que desperté en la cabaña de un indígena. Ese buen hombre me recogió del mar, me llevó consigo, me curó y alimentó. Una vez repuesto, lo dejé para no comprometerlo... ¿Qué pasó con el resto de la expedición?

—Mis cachorros duermen en el fondo del mar —respondió Sandokán, apenado.

—¿Cómo piensa volver a Mompracem?

—Todavía no lo sé —dijo Sandokán—. Cuando llegue a la costa, veré cómo conseguir una embarcación. Contigo a mi lado, será más sencillo.

—Tengo una canoa. Podemos salir para Mompracem esta misma noche. Debemos retirar antes algunos enseres y víveres que tengo preparados en una cabaña, no lejos de aquí...

—Te has sabido arreglar bien, Giro-Batol. ¡Andando, antes que vuelva el cipayo! ¡No veo la hora de llegar a Mompracem!

La cabaña de Giro-Batol no era más que una miserable ruina en medio de la selva, y estaba guarecida por árboles gigantescos. No resultaba sencillo llegar hasta ella, y una vez allí, era difícil distinguirla del entorno. Era un escondrijo perfecto. Hasta los indígenas ignoraban su existencia. El malayo buscó unas cestas que contenían fruta, un

---

65 **Arboladura:** palo mayor de una embarcación.

poco de carne salada, un kris y una vela. También tomó una vasija de barro para el agua.

—Esto es todo, señor. La canoa no está lejos...

Cuando se pusieron en marcha, ya era noche cerrada. A poco de andar, el rostro de Sandokán había adquirido un aspecto torvo e inquieto; andaba silencioso y pensativo, y cada tanto su respiración se volvía más agitada. Giro-Batol intentó, sin suerte, averiguar qué había hecho su capitán durante la estancia en Labuán.

—¡Déjame en paz! ¡En este momento solo quiero volver a Mompracem! No me importa nada más.

—¿No le importa vengar a sus cachorros?

—¡Claro que sí! Aunque quizá sería mejor no volver nunca a esta fatal isla... Pero... ¿qué es ese sonido? ¡Ah, es el mar, el mar! ¡Finalmente el mar!

—La canoa está aquí cerca, señor. ¡Sígamel!

Llegaron a una pequeña bahía oculta entre unas salientes de los acantilados. Allí estaba la tosca canoa, que no era más que un tronco pacientemente socavado a fuego y machete. La abordaron y, luego de plantar el mástil, colocar la vela y acomodar las provisiones, se separaron de la costa impulsándose con una gruesa vara y los remos. Diez minutos después, el viento hinchó la vela y la pequeña canoa comenzó a moverse a una velocidad respetable. Giro-Batol se acomodó en la popa, mientras Sandokán, silencioso y melancólico, ocupó la proa. No tardaron en perder de vista la costa de Labuán.

Cerca de medianoche, un pequeño punto de luz captó la atención de los navegantes.

—¡Demonios! —dijo Sandokán, luego de una paciente observación—. Es un vapor<sup>66</sup> y parece venir de Sarawak; nos interceptará en menos de media hora... ¡Rápido, Giro-Batol, ponte a los remos y modifica el

---

66 **Vapor:** buque impulsado por una máquina de vapor.

rumbo! Vamos a dejar que se acerquen y nos vean; mi uniforme de sargento nos sacará del apuro.

La espera se hizo terriblemente larga. La embarcación enemiga se acercó con prudencia; era una pequeña cañonera<sup>67</sup> de un solo mástil. Cuando estuvo cerca, el oficial a cargo gritó:

—¡Alto o los echo a pique!

—¿Por qué nos detiene? —dijo Sandokán en tosco inglés.

—¡Por cien mil rayos! ¡Un sargento de cipayos! —exclamó el oficial—. ¿Qué demonios hace usted aquí?

—Voy a las Romades, señor —contestó Sandokán—. Llevo órdenes de lord Guillonk. Parece que se trata de algo urgente. ¡Observe el sucio leño que me dieron! ¡Dijeron que no había otra cosa!

—Pues ande con cuidado, sargento. Por allí navegan unos paraos venidos de Mompracem. Ayer se nos echaron encima y nos hicieron pasar un mal rato...

—Seré prudente, comandante —dijo Sandokán.

—¡Buen viaje!

La cañonera torció el rumbo y se dirigió a Labuán, en tanto que la canoa, impulsada por el viento, corrigió su rumbo hacia Mompracem.

—Parece que nuestros barcos recorren el mar, Giro-Batol. Yáñez no nos ha olvidado...

Se turnaron para dormir, y hacia el alba comieron las provisiones. La distancia que debían recorrer todavía era mucha; el día se estiró monótono y sin novedades bajo un sol abrasador. A última hora de la tarde, una tormenta se abatió sobre la tosca canoa sin consecuencias. La noche trajo tranquilidad y, a la mortecina luz de la luna, los navegantes divisaron una difusa mancha oscura.

—¡Mompracem! —dijo Giro-Batol.

---

67 **Cañonera:** lancha provista de un cañón.

Sandokán buscó el contorno de su isla, y olvidó por un momento la negra melancolía que lo embargaba. Contempló el salvaje dominio, que era la cuna de su poderío, y se sintió orgulloso de tener aquel último bastión, del que los ingleses no habían podido expulsarlo.

—¡Mompracem! —dijo—. Por fin vuelvo a verte...



## CAPÍTULO VI

### LA EXPEDICIÓN

Luego de desembarcar, mientras Giro-Batol anunciaba la llegada del jefe, Sandokán volvió la mirada hacia el horizonte, hacia el punto donde debía encontrarse Labuán.

—¡Qué enorme distancia me separa de Mariana! —se dijo—. ¿Qué estará haciendo ahora? ¿Me dará por muerto? ¿Llorará por mí?

A paso lento, se dirigió hacia la fortaleza; había luz en sus aposentos. Abrió la puerta con suavidad. Adentro, sentado a la mesa, estaba Yáñez. Se lo veía agobiado y pensativo.

—¡Hermano! ¿No habrás pensado que esos ingleses podían acabar con el Tigre de la Malasia, verdad?

El portugués alzó la vista, sorprendido. Un instante después, abrazaba a su amigo.

—¿Tú? ¡Ya te creía perdido para siempre! —exclamó—. ¿Dónde demonios has estado? Hace cuatro semanas que te espero... He mandado expediciones en tu búsqueda. ¿Te has apoderado del trono de Varauni, o te ha hechizado la Perla de Labuán?

Sandokán no contestó. Con los brazos cruzados y la vista torva, caminó alrededor de la estancia, observando el abigarrado conjunto de delicadas joyas y letales armas.

—Nuestros paraos y los cachorros descansan en el fondo del mar —dijo—. Casi dejo la piel en esa condenada isla. Solo Giro-Batol y yo hemos logrado volver...

Sandokán se acercó a la mesa, se sentó y se sirvió un vaso de aguardiente. Lo vació de inmediato y volvió a llenarlo. Como quien recuerda un mal sueño, desordenadamente y con palabras inseguras, comenzó a contarle a Yáñez la expedición a Labuán. Su tono reflejaba

una ira mortal; solo lo suavizó al describir a Mariana y los extraordinarios días que pasaron juntos.

—Hermano, desearía no ser el Tigre de la Malasia, para poder quedarme viviendo en paz con esa muchacha... Hasta hubiera aceptado convertirme en inglés...

—¡No es el Tigre de la Malasia el que habla de ese modo! —se asombró Yáñez—. ¿Qué demonios te han hecho? ¿Te has vuelto loco, acaso?

—Amo a Mariana; eso es todo —comentó secamente.

—Pues deberás olvidarla —dijo Yáñez—. ¿Crees que podrás llevarte a la sobrina de un lord? ¿O acaso no sabes que deberás afrontar las consecuencias? ¡Olvidala, hermano! Esa muchacha está afectando tu juicio...

Sandokán se puso de pie. Su aspecto era el de un hombre que había tomado, con toda serenidad, una determinación fatal.

—Quédate con todo esto y dirige a los cachorros con sabiduría. Serás un líder excelente, mi buen Yáñez —dijo por fin—. Mi lugar está ahora en Labuán; voy a salir inmediatamente...

—¿Estás loco? —gritó Yáñez, mientras sujetaba a su amigo por el brazo—. ¡He tratado de hacerte razonar! Si eso es imposible, si realmente deseas a la muchacha, si estás dispuesto a hacerte matar, pues... ¡adelante! Yo iré contigo para asegurarme de que todo salga bien. Y los cachorros nos acompañarán, porque están dispuestos a morir por ti.

—Gracias, hermano.

—Ahora descansa, Sandokán —dijo Yáñez—. Si quieres a la muchacha, no debemos dar tiempo a esos cerdos para que se la lleven o consigan refuerzos. Debemos partir mañana mismo... Yo organizaré la expedición.

A la mañana siguiente, Sandokán bajó a la playa en busca de Yáñez. Los habitantes de la isla estaban ocupados en los preparativos,

predica  
a través  
parece  
incred  
dent  
tahola

pero suspendieron sus tareas para saludar al Tigre de la Malasia con salvajes gritos de entusiasmo. Giro-Batol había referido toda la historia, y los piratas clamaban venganza.

—¡A Labuán! —rugían, mientras agitaban las armas.

—¡Cachorros, la venganza llegará! —dijo Sandokán—. ¡Sus hermanos murieron con valor, luchando contra el cobarde inglés que se escuda en su mayor número y en sus poderosas armas!

—¡A Labuán! ¡Muerte a los malditos ingleses!

Yáñez se acercó con gesto torvo, y dijo:

—Creo que tenemos novedades. Por detrás de la escollera veo el extremo de un mástil. Si no me equivoco, es el parao de Pisangu que envié a Labuán días atrás.

Unos minutos después, la embarcación quedó completamente visible.

—Tiene un solo mástil y la amura<sup>68</sup> deshecha; su aspecto es ruinoso —observó Sandokán—. Por lo visto se ha batido.

Al rato, el propio Pisangu se acercó al Tigre de la Malasia. Era un gigantesco nativo de Borneo, vestido con un pantalón amplio y una faja escarlata, de la que colgaban un sable de abordaje y dos pistolas de cañón largo. Su aspecto era imponente. Maniatado, detrás de él, venía un inglés uniformado.

—Soy feliz al verlo nuevamente, señor —dijo Pisangu—. Le traigo una ofrenda que conseguí en Labuán. Es un cabo de la guarnición<sup>69</sup> de Victoria, que hallamos luego de desembarcar. Es tímido, pero confío en que usted sabrá hacer que suelte la lengua.

—Eres muy considerado, Pisangu. Ya hablará... Cuéntame qué has visto en Labuán.

---

68 **Amura:** costado de la embarcación, donde comienza a estrecharse para formar la proa.

69 **Guarnición:** tropa que protege una plaza, un castillo o un buque.

—No mucho... Como no hallamos rastros de su expedición, decidimos volver. Una cañonera nos salió al encuentro; mi parao quedó como usted lo ve, pero la nave inglesa debió retirarse a Victoria severamente dañada. Sufrimos dos bajas, señor, y aquí estamos.

—Bien hecho—dijo Sandokán—. Los cachorros que partieron conmigo murieron, Pisangu, pero los vengaremos. Ahora, ve a descansar y déjame con el inglés.

Sandokán quedó solo con el pálido y horrorizado prisionero.

—No deseo perder mi tiempo —le advirtió—. O respondes a mis preguntas, o sentirás el filo de mi kris en tu carne. Puedo hacer que tu agonía sea increíblemente larga y penosa, o puedo escucharte y luego dejarte ir... ¿Hablarás?

El prisionero mantuvo la boca cerrada y entrecerró los ojos.

—Tuviste tu oportunidad y la dejaste pasar —prosiguió Sandokán, mientras apoyaba su kris contra la garganta del soldado inglés. Despacio, pero inexorablemente, el hierro comenzó a hundirse—. Esto será doloroso...

—¡Hablaré! ¡Piedad, por Dios! —gritó el inglés.

—No recuerdo que me hayan tenido piedad ni a mí ni a mis cachorros en Labuán —dijo Sandokán—; pero si me dices la verdad, conservarás la vida. ¿Entiendes? Ahora... ¿dónde estabas tú mientras yo escapaba de la finca de lord Guillonk? ¡Responde!

—En el bosque, con el baronet Rosenthal. Cuando lord Guillonk supo que usted no era un príncipe sino el Tigre de la Malasia, ambos se pusieron en contacto con el gobernador de Victoria para disponer de las tropas...

—¿Quién me traicionó?

—Lo ignoro, señor.

—¿Qué ocurrió después? ¿Conoces a la sobrina de lord Guillonk? ¿Sabes algo de ella?

—El baronet nos ordenó ingresar y registrar la finca. Allí vimos a la sobrina del lord, que se encontraba muy molesta y apenada; y

pre  
atras  
parece  
incred  
dent  
tahola

escuchamos una discusión violenta en la que el lord la acusó de favorecer la fuga de usted...

—No nos engañes, muchacho —intervino Yáñez, que se había mantenido distante—. Estamos a punto de salir para Labuán. Mientras tanto, tú te quedarás aquí. Si nos mientes, tu vida no valdrá nada a nuestro regreso...

—¡Estoy diciendo la verdad! Esa misma noche se nos ordenó proteger la finca contra una posible incursión pirata... Se suponía que la selva estaba infestada y el mismísimo Tigre de la Malasia encabezaría el asalto... Pero nada ocurrió. Al día siguiente escoltamos a lord Guillonk hasta Victoria. Por lo que oí, su intención era quedarse allí, a salvo, hasta que tuviera lugar la boda...

—¿Boda? —rugió Sandokán—. ¿Qué boda? ¡Habla, maldito!

—El baronet Rosenthal se casará con lady Mariana. La ceremonia tendrá lugar dentro de un mes, en Victoria.

—¡Mientes, cobarde! —gritó Sandokán—. Mariana detesta al baronet...

—No creo que eso preocupe a lord Guillonk, señor.

—¿No me has mentido, verdad? —concluyó Sandokán—. Te quedarás en Mompracem hasta nuestro regreso. Luego, te dejaremos ir.

Mientras el inglés se retiraba escoltado por dos guardias, Yáñez, pensativo, dijo:

—Debemos dejar una guarnición aquí. Temo que los ingleses caigan sobre Mompracem durante nuestra ausencia...

—Tienes razón, Yáñez. Giro-Batol quedará al mando. ¿Cuántos hombres nos llevaremos?

—Noventa hombres. Ya están en los paraos, perfectamente pertrechados<sup>70</sup> —dijo Yáñez—. Nos aguardan.

---

70 **Pertrechado:** que está equipado con todos los elementos necesarios para una misión determinada.

Terminados los últimos preparativos y organizada la guarnición, Yáñez y Sandokán se embarcaron. El parao elegido poseía una fuerte artillería, era bastante amplio y su casco estaba recubierto por gruesas planchas de hierro. Al hacerse a la mar, el cielo parecía sereno y el mar, tranquilo. Sin embargo, hacia el Sur, gruesas nubes de formas caprichosas anunciaban un temporal.

—Tendremos que vérnoslas con un huracán, hermano —pro-  
nóstico Sandokán—. Nos dará algún trabajo, pero al menos nos  
ahorrrará tener que combatir contra cruceros ingleses. Todo capitán  
sensato buscará refugio.

Las naves avanzaron hacia el Este a buena velocidad. La tripu-  
lación se mantenía ocupada y alerta. Hacia las nueve de la noche, el  
viento comenzó a soplar con violencia y a cambiar de dirección. Hacia  
delante, se divisaba una tormenta. Yáñez, con prudencia, propuso  
reducir la superficie del velamen. Sandokán se opuso.

—Eso nos retrasará —dijo.

El mar se encrespaba cada vez más y los paraos se sacudían  
entre las gigantescas olas. Nubes negras y densas como el alquitrán  
se movían a gran velocidad y producían destellos amenazadores.  
Sandokán, embriagado por la tormenta y la cercanía de Labuán, re-  
corría la cubierta de su navío, impartiendo órdenes y prometiendo  
venganza a sus cachorros.

—¡Debemos buscar refugio, Sandokán! —gritó Yáñez—. ¡Ni si-  
quiera puedo distinguir el otro parao! ¡Podría estar ahora mismo en  
el fondo del mar! Y esto es simplemente el preludio...

—¡Estamos cerca, Yáñez! ¡Vivos o muertos, caeremos sobre  
Labuán!

Un intenso relámpago cortó las tinieblas e iluminó el mar hasta  
el horizonte infinito. Lo siguió un ensordecedor trueno, y luego, el  
rugido de Sandokán:

—¡Te desafío, huracán! ¡Acaba con el Tigre de la Malasia!

pre-  
a  
parce  
incred  
dent  
Tabola

Las primeras ráfagas llegaron con aquella inmediatez característica de las grandes borrascas marinas, y levantaron enormes montañas de agua negra y espumosa. El parao cruzaba como una flecha el mismísimo corazón del huracán, guiado con precisión por el Tigre de la Malasia. Recién a medianoche el huracán se desencadenó con toda su furia y los rayos le dieron al mar un mortecino color blanco; el viento se volvió un aullido. La nave de Sandokán se sacudía al borde del desastre, mientras la tripulación, aterrada, permanecía expectante y silenciosa, atenta a las maniobras ordenadas por el impávido capitán.

El parao parecía estar superando ajustadamente la dura prueba de la naturaleza, hasta que un poderoso sonido proveniente de mar adentro sembró el desasosiego. Era un disparo de cañón.

—¡Maldición! ¡Es un gigantesco crucero de bandera inglesa!  
—gritó Yáñez—. ¡Viremos, Sandokán!

—¿Virar?

Un segundo cañonazo se escuchó desde el crucero. Los piratas se ubicaron en sus puestos de combate, pero Sandokán los detuvo con un gesto. El parao se balanceaba entre vertiginosas montañas de agua. El abordaje era imposible, y el intercambio de disparos provocaría un riesgo innecesario. Un marinero encaramado al trinquete<sup>71</sup> de proa finalmente dijo las palabras que el capitán estaba esperando:

—¡Tierra en línea al mástil de proa!

A medida que se acercaban a la costa, el mar redoblaba su furia, como si buscase impedir que el Tigre de la Malasia volviese a Labuán. Las olas sacudían la embarcación, y el avance era impedido por el viento que soplabla desde la isla. Sandokán solamente contaba con el resplandor de los relámpagos para guiarse.

—¡Cuidado con la escollera! —gritó Yáñez.

---

71 **Trinquete:** palo que soporta las velas de una embarcación.

Con precisión, el parao avanzó entre dos afiladas rocas y penetró en una pequeña bahía que parecía la desembocadura de un río, de modo que quedó fuera del alcance del crucero. Sin embargo, la resaca<sup>72</sup> era muy violenta y la nave, a los bandazos,<sup>73</sup> corría grave peligro. Era imposible tocar tierra allí; llegar a nado era suicida.

—¡Paranoa, toma el mando! —exclamó Sandokán, al tiempo que abandonaba el timón a un fornido dayako—. No bien te lo indique, sacas el parao a mar abierto esquivando a los ingleses. Cuando el huracán amaine, vuelves.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Yáñez.

—¡Preparen la chalupa!<sup>74</sup> —gritó Sandokán.

Inmediatamente, la pequeña embarcación estuvo lista sobre la amura de babor, pertrechada con armas y alimentos.

—Yáñez, ¿vienes conmigo?

—¿Pretendes desembarcar en esa mísera chalupa? Nos haremos pedazos contra las rocas...

—¿Vienes o no?

—Claro, hermano. ¡Subamos!

Una enorme ola cubrió de agua la proa. Sandokán dio la orden de soltar la chalupa y el reflujo se los llevó, en precario equilibrio, sobre montañas de agua.

---

72 **Resaca:** movimiento de retroceso de las olas después de que han llegado a la orilla.

73 **Bandazo:** movimiento violento de una embarcación a causa del viento.

74 **Chalupa:** embarcación pequeña, que se lleva en un buque de mayor tamaño.

predecir  
atras  
parece  
incred  
dent  
tahola

## CAPÍTULO VII

### LA CITA NOCTURNA

La chalupa era impulsada hacia la playa, mientras se agitaba espantosamente. De pronto, una enorme ola la elevó, y la arrojó con furia infernal. El golpe fue atroz, y el agua comenzó a colarse por una enorme fractura.

—¿Hermano, estás bien? —preguntó Sandokán.

Pero no hubo tiempo para responder: una nueva ola los proyectó hacia delante. Los piratas estaban casi ahogados dentro de la anegada embarcación, que se desplazaba a una velocidad vertiginosa. Esta vez, el golpe fue más violento. Los ocupantes salieron despedidos y cayeron en la playa, en medio de una lluvia de astillas y tablas destrozadas.

—¡Al infierno con el amor y los enamorados! —gritó Yáñez, mientras penosamente conseguía ponerse de pie.

—Yo también me alegro de que estés vivo, Yáñez —dijo Sandokán—. Recojamos las carabinas y adentrémonos en la selva... ¡Pronto!

—¿Dónde estamos?

—Lo ignoro. Pero supongo que cerca del riacho en el que reparamos el parao tras ser atacados por el crucero... Por allí —dijo Sandokán, señalando el curso de agua— se llega a la finca del lord.

Los piratas se refugiaron en una densa arboleda. Yáñez, alegre de estar en un lugar seco y al abrigo del viento, armó un cigarrillo y se recostó para fumar en paz. Mientras tanto, su compañero iba de un lado para el otro como una fiera enjaulada.

—Este maldito huracán no cede —protestaba Sandokán—. Si nuestros paraos naufragan, ¿cómo sacaremos a Mariana de la isla?

Con los cachorros, todo sería más sencillo; tardaríamos media hora en ahogar en sangre a la guarnición. Sin ellos, hermano, deberemos emplear algún ardid...

Yáñez dormitaba, indiferente a los monólogos de su insomne compañero. Poco a poco, el huracán fue amainando: primero cesó la lluvia; más tarde, el viento. Al ver las primeras luces del día, Sandokán salió a explorar. No tardó en volver.

—¡Despierta, Yáñez! ¡Ya sé dónde estamos! —exclamó, animado—. Si nos ponemos en marcha ahora, antes del anochecer estaremos en la finca...

Yáñez se levantó de mala gana y enseguida se pusieron en camino. La isla presentaba un aspecto desolado y caótico. Multitud de árboles arrancados por el temporal entorpecían la marcha. Era preciso avanzar haciendo camino a golpe de kris, o trepando enormes acumulaciones de vegetación muerta. Cerca del mediodía, un persistente murmullo les indicó que estaban próximos al riacho.

El curso de agua se había engrosado bastante con el huracán y arrastraba gran cantidad de plantas y ramas. Sobre una margen, Sandokán divisó el punto en el que habían desembarcado en la expedición anterior: todavía quedaban grandes maderas que habían sido removidas durante las reparaciones. También se veían otros restos siniestros, como armas rotas y prendas desgarradas y ensangrentadas.

—Aquí nos guarecimos, Yáñez —comentó Sandokán, con voz apagada—. Ahora todos están muertos, excepto yo... ¡Y no han sido vengados!

—Tranquilo, hermano, la hora de la venganza llegará —dijo Yáñez—. Debemos continuar...

A medida que seguían el riacho, la selva se espesaba y la marcha se hacía más penosa. Cerca del anochecer, Sandokán se detuvo repentinamente ante una larga senda que parecía haber sido trazada a golpes de machete.

—¿Qué ocurre? —preguntó Yáñez.

parece  
atras  
parece  
incred  
dent  
tahola

—Estamos cerca de la finca —respondió Sandokán—. Este sendero conduce al parque. Carguemos las carabinas y tengamos listo el kris.

Sandokán apuró el paso, ansioso por ver a Mariana. La proximidad de los enemigos no le importaba: anhelaba enfrentarlos y destruirlos lo antes posible, para encontrarse con su amada ya sin riesgo alguno. Yáñez marchaba unos pasos atrás, con la vista atenta y la carabina lista. Finalmente, llegaron a la empalizada que marcaba el perímetro de la finca.

—Antes de saltar, revisemos que no haya guardias. ¡Ten precaución, Sandokán! ¡Has venido a llevarte a Mariana, no a hacerte ahorcar por los ingleses!

Treparon la cerca, y luego de otear el agreste parque, ingresaron. Se ocultaron tras unos árboles y desde allí comenzaron a avanzar, muy despacio, cubriéndose con la vegetación y mirando mil veces antes de dar cada paso.

—Allí está la casa, Yáñez. ¡Mira! ¡Hay dos centinelas apostados en la puerta!

—Eso indica que lord Guillonk y Mariana aún están aquí —observó Yáñez—. ¿Hay algún otro modo de entrar en la casa?

Sandokán examinó atentamente el enorme palacete y sus alrededores. No tardó en divisar soldados apostados en los flancos del edificio, en unos balcones laterales, en el techo y en un pabellón vecino. Lord James, por lo visto, esperaba un ataque implacable.

—El único modo de entrar es de frente y con las armas en la mano...

—No seas impaciente, hermano —dijo el portugués—. Debemos avisar a la muchacha de nuestra presencia... ¿Mariana frecuenta algún sector del parque en especial?

—La he visto pasar horas leyendo en una pequeña pérgola bastante apartada...

—Llévame allí... ¡Despacio, hermano!

Con precaución, escudados en la oscuridad y arrastrándose por largos tramos, llegaron a la pérgola donde Sandokán y Mariana se habían despedido la última vez. La cúpula reflejaba la luz de la luna, dando a los pequeños dragones de jade, que remataban las esquinas de la estructura, un extraño aire mágico. Los piratas, tras revisar el recinto, ingresaron. La tenue luz de un fósforo les reveló una cesta de labores, un libro y una mandolina sobre la mesa.

—¿Son de Mariana estas cosas? —preguntó Yáñez.

Sandokán asintió. Inmediatamente, su compañero tomó el libro, buscó una página en blanco y la arrancó con mucho cuidado. En la cesta de labores halló un lápiz. Con letra elegante, escribió:

*Hemos desembarcado ayer. Hoy a medianoche estaremos  
bajo su ventana; tenga lista una cuerda.*

*Respetuosamente suyo.*

*Yáñez de Gomera*

—Espero que le hayas hablado de mí —dijo el portugués—. De otro modo, jamás entenderá esta nota. Ahora... ¡a la selva!

El día pasó muy lentamente. Ocultos a una distancia prudencial de la finca del lord, los piratas esperaron vanamente el arribo de refuerzos. Los peores temores atacaban a Sandokán. Durante la travesía habían perdido de vista a uno de los paraos, y el otro había quedado a merced del huracán y de un enorme crucero. La falta de novedades parecía augurar lo peor...

—Los cachorros son bravos —decía Yáñez, para tranquilizar a su amigo. Pero tras su gesto confiado se adivinaba una idéntica preocupación.

Una vez que la luna estuvo alta, los piratas se pusieron en marcha. Tras largas horas de inactividad, se sentían completamente repuestos de la fatiga. Habían devorado unas enormes ostras y gran cantidad de

predecir  
a través  
parece  
incredi-  
blement  
tabola

frutas. El camino se les hizo corto. Saltaron la cerca y se ubicaron a pocos metros del palacete. La ventana de Mariana era un rectángulo cálidamente iluminado.

—¡Maldición! —rugió Sandokán—. ¡Yáñez! ¿Crees que han interceptado la nota? Mira eso: ¡rejas en la ventana! ¡Y un condenado soldado haciendo guardia debajo! ¡No debimos darles todo el día de hoy para prepararse!

—¡Silencio, Sandokán! ¡Harás que nos descubran! Podemos quitar de en medio al soldado fácilmente. Luego subes hasta la ventana y hablas con Mariana... Quizás ella sepa el modo de escapar de la finca para encontrarse con nosotros... ¡Esperemos la medianoche!

Ocultos entre unos rosales, los piratas observaron la partida de una patrulla. Eran tres hombres fuertemente armados, que volvieron al palacete pocos minutos antes de la medianoche.

—Perfecto, Yáñez. Tenemos el camino libre. El guardia que cuida la ventana de Mariana está dormido contra su fusil. ¡Vamos!

Sandokán avanzó muy lentamente con el kris en la mano, sin hacer ruido. Iba pegado a la pared, cubierto por la sombra de los balcones. Bastó un golpe en la garganta para que el soldado cayera. Yáñez se acercó, ayudó a esconder el cuerpo, y luego, tomando unos pequeños guijarros, los fue arrojando lentamente contra la ventana.

De pronto, Sandokán vio dibujarse contra la luz azulada de la habitación una silueta que reconoció enseguida.

—¡Mariana! —murmuró.

Un instante después, trepaba el muro.

—¡Estás vivo, gracias a Dios! —dijo la muchacha—. Te he dado por muerto, mi amor.

—¡Mariana! —exclamó Sandokán, cubriéndole de besos las manos—. He venido a llevarte conmigo. Ya nadie podrá separarnos... Pero todavía debo encontrar la manera de sacarte de aquí... Dime: ¿qué hace el lord?



—Me tiene prisionera aquí, por temor a tu regreso —respondió la muchacha, en medio de sollozos—. En las habitaciones bajas hay guardias. Estoy rodeada de bayonetas y rejas, y no puedo dar un paseo al aire libre sin llevar un batallón detrás de mí. Temó que nunca podré ser tu mujer... Mi tío me odia... Preferiría matarme antes que dejar que su sangre se mezcle con la del Tigre de la Malasia.

—¡No llores, amor mío! Escúchame bien: mis hombres no están lejos. Y ni las barricadas ni los soldados podrán detenernos. Arrasaremos este lugar a sangre y fuego, y te sacaremos de aquí... No importa cuántos soldados traiga tu tío...

—¡No, Sandokán! ¡Debes ser prudente! —repuso ella—. Si tú mueres, ¿qué sería de mí? Tengo confianza en que me salvarás, pero ten cuidado... Actúa con prudencia y no te dejes cegar por la ira ni la desesperación.

En ese momento, se oyó desde abajo un ligero silbido.

—Es Yáñez, que se impacienta —explicó Sandokán—. Debo irme...

—¡Tengo miedo de no volver a verte, Sandokán!

—No digas eso, amor mío, porque nunca nadie podrá distanciarme de ti... ¡Volveré, Mariana!



## CAPÍTULO VIII

### DOS PIRATAS EN UNA ESTUFA

Mientras los piratas se dirigían a la empalizada, cuatro soldados aparecieron en la ventana de Mariana. La voz del lord se escuchó con nitidez.

—¡Fuego! ¡Acaben con esos miserables!

Los disparos retumbaron y uno de ellos pasó silbando cerca de la cabeza de Sandokán. Sin dejar de correr, el pirata hizo fuego contra la ventana. Uno de los soldados cayó.

—¡Una patrulla acaba de salir de la casa! —gritó Yáñez, viendo a lo lejos una docena de figuras iluminadas por unas pocas antorchas—. ¡Tenemos que salir de aquí!

El portugués distinguió al oficial que comandaba el grupo y descargó la carabina sobre él con excelente puntería. Los soldados se detuvieron un instante para constatar el estado del caído. Al rato, retomaron la persecución, pero con más cautela y lentitud. Aprovechando la ventaja, los piratas llegaron a la empalizada y se prepararon para saltar.

—¡Un momento! —dijo Yáñez, bajando la voz—. ¿Escuchaste eso, hermano? Hay ruidos del otro lado. Probablemente haya soldados emboscados entre la vegetación...

Sandokán trepó la empalizada, pero en lugar de saltar al otro lado, apartó algunas ramas y escudriñó la selva. El portugués no se engañaba: varios fusiles sobresalían entre los arbustos, reflejando siniestramente la luz de la luna. Volvió a bajar, sin hacer ruido.

—¿Cuántos hombres hay?

—Lo ignoro... Demasiados; si saltamos, seremos blanco fácil. No podemos salir ni quedarnos aquí. Las patrullas no están lejos.

predica  
atras  
parece  
incred  
dent  
tahola

—¿Alguna genial idea? —preguntó el portugués, con tono irónico—. ¿Quieres volver al palacete y asaltarlo? ¿O batimos primero a los ingleses que tenemos a mano? No pasarán de un centenar...

—¡Sígueme! —dijo Sandokán—. Conozco un sitio en el que podremos ocultarnos.

Se apartaron de la empalizada y anduvieron agazapados un largo trecho. Toda cautela era poca: una patrulla estuvo a punto de descubrirlos al cruzar un breve descampado. Tardaron casi media hora en llegar a un invernadero de vidrio y hierro forjado que imitaba un lujoso pabellón. Estaban a doscientos metros del palacete.

—Busca la puerta —ordenó Sandokán.

Adentro, el perfume era embriagador. El lugar estaba repleto de enormes macetas llenas de plantas, y artículos de jardinería. Uno de los rincones estaba decorado con livianas sillas de bambú. Otro rincón albergaba una gigantesca estufa de hierro, que se utilizaba para mantener la temperatura del recinto y hacer germinar las plantas exóticas durante el invierno.

—Supongo que si nos plantamos en una maceta y adquirimos la apariencia de una violeta de los Alpes,<sup>75</sup> todo irá bien —comentó Yáñez, con un toque de humor negro—. Pero, de otro modo, este lugar no me parece muy seguro... ¿En qué demonios piensas, hermano?

—Pienso en que ambos cabemos dentro de la estufa...

Yáñez no pudo refrenar una carcajada.

—¿En esa estufa? ¿Podremos respirar allí dentro con la ceniza y el hollín?

—Eso ya lo veremos...

El portugués abrió la pesada puerta de la estufa y se metió dentro. De inmediato, sintió que la nariz se le llenaba de hollín y estornudó sonoramente. El sitio podía albergar a dos hombres de pie. Sandokán lo siguió sin vacilar.

---

75 **Violeta de los Alpes:** planta que florece en invierno.

—¿Quién iba a imaginarse que el terrible Tigre de la Malasia terminaría refugiándose en una estufa? —dijo Yáñez de buen humor—. Solo esperemos que a nadie se le ocurra prenderla...

—Silencio, hermano —respondió Sandokán—. Pueden oírnos. Creo que alguien se acerca...

—Pues tengo listos la carabina y el kris. Si nos descubren, no les resultará fácil sacarnos de aquí.

Desde afuera llegaban las voces de varios hombres que se aproximaban. Sandokán entreabrió la puerta. El parque aún estaba oscuro, y algunas luces distantes revelaban la presencia de patrullas. De pronto, las voces y los pasos se escucharon más cerca: se trataba de media docena de soldados, precedidos por dos sirvientes que portaban antorchas. Revisaban la vegetación con mucho cuidado.

—Vienen hacia aquí —avisó Sandokán en voz baja—. Prepárate, hermano, quizá debemos luchar...

Los pasos resonaron dentro del invernadero.

—¿Crees que esos condenados piratas están aún en la finca? —preguntó uno de los soldados.

—Espero que sí —respondió otro—. Quiero las cien libras de recompensa...

—Es mucho dinero, pero no quiero ganarlo a riesgo de llevarme un kris hundido en la garganta —comentó un tercero—. Ese pirata es el mismísimo demonio...

—Es cierto —dijo el primero, con voz temblorosa—. Lo vi arrojarse encima de treinta soldados sin que lo tocara una sola bala. Atacó la popa del crucero como una aparición y luego se arrojó al mar como si nada... Sus compañeros quedaron tendidos... pero él es un espíritu. Nada le hace daño.

—¿Intentas asustarme? Pues te diré una cosa: te apuesto el sueldo de un mes a que, antes de veinticuatro horas, ese pirata estará colgado de un árbol.

—Te digo que es inmortal...

predica  
a través  
parece  
incred  
dent  
tahola

—Sin embargo, si lord Guillonk no lo hubiera curado, tu pirata inmortal ya estaría debidamente enterrado. ¡Oye, revisa dentro de la estufa!

—Te digo que es un espíritu, no un pigmeo. ¿Cómo quieres que ese demonio esté allí dentro?

Los pasos se dirigieron hacia la estufa. Sandokán y Yáñez se echaron atrás todo lo que pudieron. Con un intenso chirrido, la puerta se abrió y un nítido rayo de luz se proyectó en el interior; el soldado introdujo la cabeza y la sacó de inmediato, estornudando.

—¡Al diablo con la estufa! —exclamó uno de los soldados.

—Teníamos que asegurarnos —dijo otro—. El pirata debe estar en el parque, o quizá ya se encuentre en la selva.

—¡Demonios! Cuanto más lejos esté, menos posibilidades tenemos de ganar el dinero...

Los soldados se retiraron y el invernadero quedó en silencio.

—Creo que podemos salir —dijo Sandokán, al cabo de un rato—. ¡Hemos escapado de una buena!

—Supongo que nos buscarán por el parque y terminarán por convencerse de que desaparecimos —dijo Yáñez—. Ahora debemos pensar en cómo escapar de aquí. Los paraos ya deben estar en la boca del riacho esperándonos.

El portugués fue el primero en abandonar la estufa, cuidando de no dejar en el suelo rastros de hollín.

—Quédate aquí, Yáñez, y espera mi regreso —dijo Sandokán—. Quiero ver dónde están los soldados. Quizá podamos irnos ahora mismo.

Sandokán recorrió en silencio las proximidades del invernadero: llegó hasta el palacete de lord Guillonk y hasta la empalizada. Volvió al cabo de media hora, cansado y desalentado.

—¿Qué has visto, hermano? —preguntó Yáñez—. Por tu gesto, diría que nada bueno...

—He visto muchos más guardias de los que esperaba. No solo es imposible asaltar el palacete, sino que creo que tampoco podremos abandonar la finca. Debemos quedarnos aquí, ocultos...

—Podemos aprovechar para dormir —observó Yáñez.

—Duerme si puedes, hermano —dijo Sandokán—. Yo vigilaré...

El portugués se acomodó entre las macetas, no lejos de la estufa. Sandokán quedó vigilando la puerta y el camino. Poco a poco, el alba se acercaba y el parque iba tomando contornos definidos. Las antorchas, a lo lejos, se volvían menos nítidas que las siluetas sombrías que las llevaban.

La perspectiva de quedarse inmovilizado todo el día exasperaba al Tigre de la Malasia. Deseaba ver a Mariana, y al mismo tiempo temía ser acorralado por la guardia. Nada le aseguraba que lord Guillonk no estuviera ultimando en ese preciso momento los preparativos para huir a Victoria con su sobrina. Esperar quizás equivalía a perderla para siempre.

Un sonido apenas perceptible acaparó la atención de Sandokán. Miró el parque, pero no vio nada; sin embargo, el ruido se repitió.

—Arriba, hermano —dijo Sandokán, golpeando con la punta de la bota el cuerpo de su amigo—. Creo que tenemos compañía... Quédate en guardia, yo saldré a inspeccionar. Me gustaría tomar un prisionero, para que nos aclare un poco el panorama...

—Déjame ir a mí —propuso Yáñez—. Si me veo obligado a despachar soldados al más allá, no dejaré de avisarte...

El portugués salió lentamente, empuñando el kris. Se ocultó entre los frutales que rodeaban el invernadero e intentó, sin éxito, localizar las patrullas. El sitio parecía absolutamente desierto; el único movimiento era el de los pájaros entre las ramas. El viento soplaba desde el Oeste.

—¿Qué demonios fue eso? —se dijo Yáñez.

Un ruido fuerte y seco había sonado no demasiado lejos, del lado del palacete. Hacia allí miró el portugués, y alcanzó a ver a un soldado que avanzaba muy decidido por el camino, en dirección al invernadero.

Otro ruido, esta vez más cercano, alarmó al portugués. Había sido un crujido de ramas, a solo unos pasos de distancia. Yáñez se ocultó tras un grueso tronco y preparó el kris; un segundo crujido fue la señal de ataque. Sin esperar más, arrojó un golpe corto y mortal hacia el cuello de la figura que se acercaba. Una poderosa mano le atajó la muñeca y detuvo el golpe.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó Yáñez, ciego de ira—. ¿No puedes quedarte quieto, Sandokán? Pude haberte matado... Desde el palacete viene un inglés directo hacia aquí...

—Lo siento —dijo Sandokán—. Estaba preocupado... En cuanto al inglés, parece un recluta. Déjame a mí...

El soldado se acercaba descuidadamente. Era un joven sonrosado, imberbe y de cabello rojizo. Llevaba el fusil con negligencia y caminaba como un novato. No bien estuvo cerca de los árboles frutales, los piratas se arrojaron sobre él. Bastó un golpe en la quijada para derribarlo y la aplicación del kris en la garganta para aconsejarle silencio. Sin embargo, el sonrosado inglés intentó luchar por su vida con una furia que sus captores no esperaban. Antes de caer definitivamente desmayado, el soldado soltó un agudo grito y arrojó lejos su fusil.

—¡Tápale la boca con su pañuelo y cárgalo! —ordenó Sandokán—. ¡Los guardias deben haberlo escuchado!

Rápidamente volvieron al invernadero y se metieron en la estufa. Antes de cerrar la pesada puerta, Sandokán vio a varios soldados que corrían hacia allí.

A los pocos minutos, el recinto se llenó de resonantes pasos de botas: los soldados habían llegado.

—El arma estaba en el camino, el muchacho no puede encontrarse lejos —dijo un soldado—. Probablemente, los piratas lo sorprendieron y se lo llevaron...

—¡Yo creo que el pequeño Berry quiere burlarse de nosotros!  
—comentó otro—. Nos hemos pasado la noche revisando la finca sin suerte...

—¡Berry, maldito seas! —rugió una tercera voz, con notorio tono de mando—. Si no apareces inmediatamente, te aseguro que te haré azotar.

—¿Qué hacemos, sargento?

—Vamos a buscar al maldito. Revisen primero esta pocilga...

Dentro de la estufa, los piratas se inquietaron.

—Matemos a este sucio inglés antes de que nos delate —susurró Sandokán.

—No, espera... Puede sernos útil.

—Yañez, escucha: quédate junto a la puerta y, al primero que asome la cabeza, se la partes... Tengo una idea para deshacernos de estos cerdos...

—¡Berry, maldito seas! —gritó la voz del sargento—. Si llego a encontrarte dentro de la estufa, te haré ahorcar por desertor...

—Quizás escondieron el cadáver de Berry allí dentro —sugirió tímidamente uno de los subordinados.

—¡Abran esa cosa! —ordenó el sargento.

Sandokán se apoyó contra la pared de la estufa. Cuando la pesada puerta se abrió y un rayo de luz ingresó, el pirata soltó un grito escalofriante y empujó la mampostería haciendo que el receptáculo de la estufa se desmoronara con gran estruendo. Una densa nube de cenizas y hollín cubrió el invernadero. Los piratas, negros como demonios y gritando como poseídos, acometieron a golpes de kris.

—¡El Tigre de la Malasia! —gritó el sargento.

—¡Fantasmas, fantasmas! —gritaron los soldados.

Los piratas abandonaron el invernadero y corrieron hacia la empalizada. Uno de los soldados, gravemente herido, alcanzó a hacer fuego sin dar en el blanco. En el parque se oyeron algunos disparos y

predica  
atras  
parece  
incred  
dent  
tahola

trompetas que daban la alarma, e improvisadas patrullas se formaron y comenzaron a correr de un lado a otro.

Sandokán y Yáñez saltaron la empalizada y corrieron por la senda hasta el riacho. No había tiempo para descansar; era preciso seguir corriendo hasta escapar del alcance de las patrullas. Yendo por el agua despistarían a los perros.

Luego de más de tres horas de carrera, Yáñez dijo:

—Necesitamos descansar, hermano.

Sandokán asintió y detuvo la marcha. Estaba a punto de dejarse caer sobre un tronco, cuando un sonido casi imperceptible lo alarmó. Con una seña, indicó a su compañero que era preciso ponerse a cubierto. En silencio, desaparecieron entre la maleza.

Justo en ese momento, toda una sección de vegetación que estaba frente a ellos cayó, cortada por un prolijo golpe de machete. Una silueta sombría se dejó ver. Sandokán aferró el kris, listo para saltar. Pero Yáñez, con un grito, hizo que se detuviera:

—¡Paranoa!

Tras un segundo de indecisión, los tres piratas rieron al unísono.

—¡Qué alegría verte, Paranoa! —exclamó Sandokán—. Eres el primer malayo que encuentro en esta maldita selva llena de ingleses...

—Estaba buscándolo, señor —dijo Paranoa—. Llegamos a la boca del riacho ayer por la mañana, sin perder ningún hombre; pero no tengo noticias del otro parao... El viento soplabá fuerte en dirección Sur... Es posible que se haya alejado demasiado.

—¿Qué tan lejos estamos del parao?

—Si partimos ahora, llegaremos allí al anochecer.

—¡Vamos, pues!

Caminando a buen paso, siguieron el riacho hasta la desembocadura. Solo hicieron las paradas indispensables para conseguir alimento y descansar un poco. El parao desaparecido preocupaba a los tres piratas, y planteaba dudas acerca del éxito de la batalla que deberían librar contra los ingleses. Las fuerzas se reducían a cuarenta hombres.

Llegaron a destino con la luna en alto. La nave estaba cubierta de vegetación y con las luces apagadas, de modo que era invisible para las posibles patrullas marinas. La llegada del Tigre de la Malasia provocó el inmediato entusiasmo entre los piratas, que deseaban entregarse a la venganza y al saqueo. Sin perder un minuto, Sandokán organizó a sus hombres y preparó la expedición de rescate.

—¡Vamos a atacar a esos miserables ingleses antes del amanecer! —dijo.

—¿Piensas atacar la finca sin más? —preguntó Yáñez, molesto—. ¡Si quieres morir allí con todos tus hombres, adelante! Ahora, si lo que pretendes es rescatar a Mariana y partir a salvo, será mejor que yo organice el golpe. ¿Qué dices, hermano? ¿Viviremos para ayudarte o moriremos por tus caprichos? ¡Decide!

—¡Demonios, Yáñez! Haz lo que te parezca mejor...

—¡Perfecto! ¡Ikaut, tú te quedarás aquí con veinte hombres! Nosotros nos llevaremos otros veinte hacia la finca del lord; dispón un centinela cada cuatrocientos metros, así nos mantenemos comunicados...

—¿Atacaremos la finca solo con veinte hombres? —preguntó Sandokán.

—No, hermano, nosotros nos emboscamos en el camino que va de la finca a Victoria, para evitar la fuga del lord. Allí veremos qué hacer... ¡En marcha!



## CAPÍTULO IX

### YÁÑEZ EN LA FINCA

Los piratas se emboscaron entre unos árboles que bordeaban el camino a Victoria. Al poco tiempo, apareció uno de los centinelas con un mensaje de Ikaut.

—Alguien se acerca a caballo, señor. Viene de Victoria.

—Te aconsejo que lo dejes pasar —dijo Yáñez—. Un solo grito podría delatar nuestra posición.

—No, quiero atraparlo —repuso Sandokán—. Quizá lleve un mensaje importante. Le tenderemos una trampa... ¡Paranoa!

Respondiendo a un gesto de Sandokán, Paranoa y otro cachorro cruzaron una cuerda a través del camino y la ataron a unos árboles, a un lado y a otro. Los piratas se ocultaron entre la vegetación y permanecieron expectantes hasta que el jinete estuvo a la vista; era un joven en uniforme de cipayo, que iba a todo galope.

Poco antes de que el animal se precipitase sobre la trampa, los piratas ya corrían hacia allí. El caballo embistió la cuerda y rodó. Cuando el maltrecho jinete quiso levantarse, se encontró desarmado y rodeado de piratas. Tras un minucioso registro, no hallaron ningún mensaje.

—O colaboras conmigo o eres hombre muerto —lo amenazó Sandokán—. ¿Qué órdenes llevas?

—¡No me haga daño!—exclamó el soldado—. Voy a la finca de lord Guillonk a presentar los respetos del baronet Rosenthal, que comunica además que no hay novedades. Eso es todo...

—Bueno, muchacho, permanecerás aquí y conservarás la vida —dijo Yáñez—, pero yo me quedaré con tu uniforme... ¿Qué dices, Sandokán? ¿Me veré bien como sargento?

—¿Qué planeas, hermano?

—Tengo una idea que puede resultar... Me presentaré ante el lord y le informaré que los piratas han sido vencidos y dispersados; que se espera un nuevo desembarco, y que es el momento ideal para refugiarse en Victoria. No bien se ponga en camino, tú lo atacas. Yo me responsabilizo por la seguridad de Mariana... ¿Qué dices?

—¡Ah, Yáñez! ¿Qué haría sin tu ingenio?

—Probablemente, no mucho... Debo marcharme. Manda a alguien para que se oculte cerca de la pérgola, por si tengo algo que comunicar. ¿De acuerdo?

Sin esperar más, el portugués se calzó el uniforme, montó y se lanzó al galope. Al cabo de una hora, llegó a la finca.

—Traigo un mensaje para el lord —dijo altivamente a la guardia del perímetro, y avanzó hacia la entrada del palacete, donde desensilló con una lentitud pasmosa. Luego, dirigiéndose a los seis soldados apostados en la puerta, insistió—. ¡Ustedes! ¡Llévenme a ver al lord! ¡Vengo de Victoria, es urgente!

—¿Ha visto a los piratas de Mompracem?

—Si los hubiera visto, me hubiera detenido para azotarlos, por hacerme perder el tiempo... ¡Llévenme con el lord!

Tras atravesar un laberinto de pasillos y salones, con porte marcial y paso ceremonioso, el portugués fue anunciado y luego abandonado por el guardia frente a una enorme puerta de madera primorosamente tallada.

—¿Le ha dado el baronet algún mensaje para mí? —preguntó el lord en tono seco, sin mirar siquiera al mensajero y sin dejar de escribir en un papel amarillento.

—Sí, milord.

—Estoy escuchando...

—El Tigre de la Malasia está rodeado en una bahía al sur de la isla. Esperamos cazarlo a la brevedad. Ya tenemos elegido el árbol del que lo colgaremos...

predica  
atras  
parece  
incred  
dent  
tahola

El lord se puso de pie. Su rostro expresaba una enorme satisfacción.

—¿Está seguro? —preguntó. Su voz ahora sonaba amable y cordial—. Veo que tiene el grado de sargento... ¿Pertenece a la guarnición de Victoria?

—Sí, milord. Luché con el baronet William en Sudán, y él solicitó mi traslado aquí, para servirlo en misiones de confianza...

—Muy bien, ¿y dónde está William ahora?

—A unas diez millas al sur, a la cabeza de sus hombres.

—¿Algo más, sargento?

—Sí, milord —continuó Yáñez—; el baronet le ruega encarecidamente que marche a la brevedad a Victoria y que lleve con usted a su sobrina. Se espera otra incursión pirata, quizá más numerosa y acaso más desesperada...

—Mucho me temo que ese desagradable pirata tiene secuaces igualmente ruines y crapulosos, que no vacilarán en atacarnos... ¡Arreglaré el viaje a Victoria inmediatamente!

—Sabia decisión, milord —dijo Yáñez—. Y si me permite, el baronet William me ha hecho otro encargo... ¿Cómo diré? Algo más personal, que atañe a su sobrina...

Lord James tomó un aire extremadamente afable, y palmeando la espalda de Yáñez, lo acompañó hacia las habitaciones de Mariana, mientras le decía:

—Veo que el baronet no olvida a su enamorada ni aun en la batalla. Es un hombre de temple... ¡Me gusta! Pero debo advertirle, sargento, que mi sobrina ha quedado muy impactada por ese imperterto nativo que abusó de nuestra hospitalidad... Es probable que no atienda a su mensaje... Puede que incluso intente golpearlo... ¡Muchachas! ¿Quién las entiende? Pase por aquí...

El lord acompañó a Yáñez hasta un pequeño salón y se quedó afuera. Sus pasos, al alejarse, fueron la señal que el portugués esperaba para avanzar hacia la habitación que se encontraba en el extremo

opuesto. La puerta estaba entreabierta y Yáñez pudo, por fin, contemplar la delicadeza de la muchacha de cabellos de oro, la Perla de Labuán. Su belleza era realmente indescriptible.

—¿Estamos solos? —preguntó Yáñez.

—¿Quién es usted? ¿Cómo se atreve...?

—Milady, vengo de muy lejos y estoy aquí por temas que a usted le interesan... ¿Estamos solos?

—Hable.

Yáñez se acercó a Mariana, que lo miraba con desprecio. Cuando estuvo a dos pasos de distancia, en voz baja, le dijo:

—Mi nombre no le resultará extraño: es Yáñez de Gomera, y vengo de Mompracem...

El rostro de Mariana se iluminó, pero al instante sus ojos se llenaron de lágrimas. Tomó violentamente la mano del portugués y preguntó:

—¿Está vivo Sandokán? ¿Lo han herido?

—¡Baje la voz, milady! Nuestro amigo está sano y salvo, y la espera a usted en la ruta a Victoria. He convencido a su tío para que marchen hacia allí. Serán sorprendidos a mitad de camino y... ¡usted se irá a Mompracem!

—Mompracem —repitió la muchacha. En su voz había una nota de dolor.

—No tema. Nuestro amigo sabrá hacerla feliz... Es un hombre noble, y está perdidamente enamorado de usted, milady. ¡Quédese tranquila!

—Estoy tranquila, mi buen Yáñez. Sus noticias me han devuelto la vida... Pero usted debe actuar con cuidado: lord James es muy desconfiado. Todos saben aquí que Sandokán tiene un amigo europeo...

—Seré prudente.

El portugués salió de la habitación y un sirviente lo guió nuevamente hasta lord James. Lo halló en su escritorio, con el rostro sombrío.

—Y bien, ¿qué recibimiento le brindó mi sobrina? —preguntó.

predica  
a través  
parece  
incred  
dent  
habla

—No quiere ni oír hablar del baronet —observó Yáñez—. Creo que cuando el pirata esté muerto, esa joven se volverá más razonable.

El lord asintió. Luego, como olvidando el tema, dijo:

—¿Cuándo sugiere el baronet que partamos para Victoria?

—Cuanto antes. Es preciso aprovechar la debilidad de los piratas... Además, usted cuenta con una guarnición poderosa...

—No lo crea. Las tropas que persiguieron al pirata en la finca ya volvieron a Victoria. Tengo en total veinte hombres, entre soldados y sirvientes. ¿Cree usted, sargento, que es seguro partir ahora?

—¿Usted se refiere a esta misma noche? No puedo asegurarle nada, milord. De todos modos, yo debo retornar ahora a Victoria. Si veo algo sospechoso, regresaré para ponerlo sobre aviso.

—¿Por qué no come conmigo esta noche, y luego se une a mi escolta? Será más seguro para todos; créame.

—Será un placer, pero tengo una condición que plantear —dijo Yáñez, llevando su tono marcial hasta el ridículo—. Solicito que me permita escoltar a milady Mariana y responder por su seguridad.

El lord asintió complacido y Yáñez pidió permiso para ponerse en contacto con la guarnición y organizar la partida. Salió, pues, al jardín, y tras hablar con los soldados y con el oficial a cargo, dijo que quería revisar el perímetro de la finca. Poco antes de que las primeras estrellas se divisaran, llegó hasta la pérgola y fingió revisar la empalizada. Con unos silbidos muy bajos, llamó la atención de Paranoa, que estaba oculto allí.

—Corre a avisarle a Sandokán que saldremos a medianoche. Dile que ponga en guardia a Ikaut; el parao debe estar listo para hacerse a la mar. ¿Comprendes? La escolta será de veinte hombres aproximadamente... Ahora, muévete. ¡No hay tiempo que perder!

Mientras retornaba satisfecho al palacete, Yáñez se encontró con Mariana. A la luz de la luna, se veía aun más hermosa.

—¡Ah, milady, qué alegría encontrarla! —la saludó—. ¿Alguna noticia para mí?



—El lord me comunicó que saldremos para Victoria dentro de cinco horas. Creí que le gustaría saberlo.

—Muchas gracias —dijo Yáñez. Y luego agregó, en voz más baja—: ¿Está usted bien?

—¡Tengo miedo! El hombre que amo me promete una vida de paz y dulzura, pero tiene una historia de sangre y violencia...

—Usted no conoce a nuestro amigo. No sabe por lo que ha tenido que pasar... Hace veinte años, ocupaba con felicidad el trono de Muluder, en Borneo. La corona había pertenecido a su familia por generaciones, pero él fue el responsable de darle un nuevo esplendor a la casa reinante. Luchó como una fiera para rehacer la fortuna de sus súbditos, y recuperó las tierras que los europeos habían tomado a sangre y fuego o mediante engaños... Su nombre cruzó las selvas como un grito de justicia, pero desgraciadamente llegó a oídos ingleses y holandeses. Los europeos, fieles a sus métodos, actuaron a través del pérfido sultán de Varauni. Con ilimitado oro compraron la perdición del reino: la madre y los hermanos de nuestro amigo cayeron bajo el cobarde puñal de un traidor; el pueblo fue masacrado con armamento inglés; las aldeas y las plantaciones fueron saqueadas y arrasadas... Nuestro amigo abandonó la tierra de sus antepasados y se hizo a la mar con unos pocos seguidores; acosado, atacado y vilipendiado, juró guerra eterna al hombre blanco. Conquistó la isla de Mompracem y allí se estableció. La convirtió en su fortaleza y en su reino, y desde allí acosa a los ingleses y a todos los blancos traidores que llevan el odio, la rapiña y el asesinato a las islas... Y yo lo acompaño, milady, porque es un hombre justo.

Los ojos de Mariana estaban llenos de lágrimas.

—Volvamos ya, milady —dijo entonces Yáñez.

Durante la comida, el lord intentó mostrarse cortés y despreocupado. Mariana no le dirigía la palabra y ni siquiera lo miraba. Yáñez, que había pasado los últimos días en la selva devorando

frutos y bebiendo agua turbia, se deleitó con los excelentes platos y los refinados vinos del lord. Contó, con precisión militar, sus imaginarias aventuras en Sudán y en otros distantes puntos del Imperio. Lord James festejó su heroísmo.

Tras la comida, a la hora de los licores, un oficial entró a notificar al lord que la escolta estaba lista.

—Iré a tomar mi puesto, milord —dijo Yáñez.

Al rato, lord James y Mariana abandonaron el palacete. La escolta se organizó con seis hombres en la vanguardia; Yáñez y el oficial a cargo, a los costados del lord y su sobrina; y el resto de los hombres, detrás.

Tras una hora y media sin novedades, Yáñez percibió un largo silbido; podía ser confundido con el canto de algún pájaro exótico, pero no lo era. Luego de desenvainar su espada, se acercó al lord, y le dijo:

—¿Ha escuchado? ¡Eso es una señal!

—¿Y qué cree que significa, sargento? —preguntó el lord.

—Según convine con mis socios, esa señal significa que usted está rodeado...

De ambos lados del camino sonó una descarga de fusilería, que levantó una densa barrera de humo gris. Buena parte de la guardia rodó por tierra, mientras a través del humo comenzaron a aparecer como demonios las siluetas de los piratas con los sables en alto. El lord sacó una pistola, pero Yáñez lo golpeó en la cabeza con el cabo de la espada. Y mientras lord James caía desmayado, el portugués se acercó a la muchacha, la levantó de la silla de montar y la trasladó a su propia cabalgadura. Estaba desmayada.

Los piratas saltaban furiosos sobre los jinetes o disparaban a los caballos. Los sables de abordaje brillaban como relámpagos bajo la luna, se hundían y resurgían manchados de rojo oscuro. Un soldado rogaba clemencia a los gritos; otro huía a pie; otro resistía agazapado tras un caballo muerto, con la carabina descargada. La venganza de los piratas fue cruel y casi completa.

parece  
a través  
parece  
incred  
dent  
tabola

La voz de Sandokán, con la firmeza del hierro, sonó entre las descargas de fusilería y los alaridos:

—¡La vida del lord me pertenece!

La resistencia de los ingleses no duró mucho más. Al poco rato, el humo se disipó y los gritos se acallaron. Sandokán extrajo su kris del pecho del oficial a cargo y se acercó a Yáñez, que se había quedado a un lado cuidando de Mariana.

—¡Ella está bien, Sandokán! ¡Es un desmayo, nada más!

—Nunca podré pagar lo que has hecho por mí, hermano —dijo el Tigre de la Malasia. Luego, emocionado, se alejó del portugués y gritó—: ¡A Mompracem! ¡A casa!

Lord James, el único sobreviviente, los vio alejarse.



## CAPÍTULO X

### ¡AL ABORDAJE!

Sandokán y Mariana pasaron casi todo el viaje a Mompracem en la proa del parao, ajenos a lo que ocurría a su alrededor. Cuando estaban a solo unas horas del destino, Yáñez se acercó, sombrío:

—Hermano, entiendo que tienes mejores cosas que hacer que mirar el paisaje, pero me temo que las noticias no son buenas. A bordo se han escabullido dos cañoneras que parecen venir de nuestra isla; frente a nosotros hay una columna de humo que no parece la de un vapor...

—¿Qué quieres decir? —rugió Sandokán, que intuía la respuesta—. ¿Han atacado Mompracem?

Yáñez no contestó. Delegó el mando en Paranoa y quedó en proa con el Tigre de la Malasia y Mariana. No cruzaron una palabra, aun cuando la proximidad les permitió ver la magnitud del desastre. Mompracem, defendida por una pobre guarnición, había sido bombardeada. Los paraos de la bahía eran solo restos humeantes, parcialmente sumergidos; las defensas costeras aún ardían, al igual que las edificaciones de madera. La fortaleza de Sandokán, en lo alto, exhibía negros impactos y presentaba un aspecto desolador, pero aún se mantenía en pie.

Una vez que tocaron tierra, Giro-Batol acudió a informar.

—Pudimos repeler el desembarco, Sandokán —dijo—, pero tuvimos grandes pérdidas...

—¡Venganza! —gritaron los cachorros.

—¡Silencio! ¡No podemos arrojarnos sobre Labuán! ¡Debemos prepararnos para otra visita del enemigo! ¡Esta noche, con todas las bandas, decidiremos la suerte de Mompracem!

predica  
a través  
parece  
incred  
dent  
Tabola

Yáñez y Giro-Batol organizaron las tareas de reconstrucción. Sandokán, inescrutable, se retiró a la fortaleza con Mariana.

—¿En qué piensas, Sandokán? —preguntó la joven.

—En nada, Mariana; estoy agotado, y ver Mompracem atacada...

—Deseas venganza, como los cachorros. ¿Es eso?

—¡Esta noche dejaré que los piratas elijan un nuevo jefe! Nosotros nos vamos, Mariana. El Tigre de la Malasia va a desaparecer para siempre...

—No es eso lo que te pregunté, Sandokán. ¿Deseas venganza? ¿Podrás olvidar el daño que te han hecho los ingleses? ¿Podrás vivir lejos de tus hombres, sabiendo que has sido despojado de todo lo que tenías, y que dejaste de luchar? Esa es mi pregunta...

—No te comprendo, Mariana. Creí que querías que me alejara de todo esto. Tú no puedes vivir rodeada de piratas...

—He elegido vivir contigo, Sandokán. Harás lo que debas hacer, y yo estaré a tu lado.

Y sin decir más, lo abrazó y se besaron largamente.

Por la noche, las bandas se encontraban reunidas en una enorme cabaña cerca de la costa. Sandokán llegó último y con paso majestuoso se ubicó en el centro de la sala, mientras los demás lo saludaban con supersticioso respeto.

—¡Cachorros! Había convocado a esta junta para que las bandas eligiesen un nuevo jefe. Sin embargo, he cambiado de idea... Deseo luchar una vez más contra los malditos ingleses.

—¡Venganza! ¡Venganza! —clamaron los cachorros, interrumpiendo a su líder.

—Aguarden... déjenme terminar de hablar —rogó Sandokán levantando la voz por sobre el griterío—. Mañana mismo los tendremos aquí, pero debemos actuar con precaución. Apenas somos ciento cincuenta hombres y tenemos tres paraos; las defensas costeras se encuentran muy deterioradas, y es posible que seamos atacados por una

flota combinada de diversas naciones... He hecho embarcar todas nuestras riquezas y he dado órdenes a algunos de los jefes para tener los paraos listos y equipados... Puede que mañana luchemos en tierra o en el mar, puede que debamos escapar primero y atacar después, pero recuerden: ¡tendremos nuestra venganza! ¡La sangre correrá y la victoria será nuestra!

Los cachorros, en éxtasis, se deshicieron en alabanzas al Tigre de la Malasia. La solemne junta se transformó en una desquiciada celebración y las más exóticas bebidas comenzaron a circular por la cabaña. Los piratas estaban dispuestos a celebrar el hecho de que, tal vez, solo les quedara un día más en esta tierra. Yáñez, de buen humor, bebió una copa con Sandokán.

—Creí que te irías con Mariana y te olvidarías de todo esto, hermano —comentó el portugués.

Resultaba imposible saber si hablaba en serio.

Al amanecer, Giro-Batol se presentó en los aposentos de Sandokán. Sin decir una palabra, señaló el mar. Allí, emergiendo de la bruma, se veían diez o doce columnas de humo que delataban la posición de igual número de navíos de combate, extendidos como pesadas manchas grises sobre el agua. Desplegadas a los lados, alcanzaban a verse más de veinte naves más pequeñas impulsadas a vela. Sin duda, eran paraos provistos por el sultán de Varauni.

—Hay que abandonar Mompracem —dijo Sandokán—. Los paraos ya están listos. ¡Corre, Giro-Batol, organiza a tus hombres! Debemos partir sin ser vistos...

—Confíerame el mando de un parao, señor —suplicó Giro-Batol—. Si usted y el señor Yáñez se embarcan ahora, yo podría permanecer aquí con mi banda y retener a los ingleses con la artillería. Si no hallan resistencia en Mompracem, toda la flota saldrá a cazar-nos en mar abierto. Solo así podrá ganar tiempo y salvar a la Perla de Labuán...

parece  
atras  
parece  
incred  
dent  
tahola

—Eres un hombre valiente, Giro-Batol. Quédate, pero no te expongas demasiado. Te necesito vivo, ¿entiendes? Avisa en la bahía que alisten mi parao; Yáñez tomará el mando del otro...

Al poco rato, dos paraos partían con el mayor sigilo. Mariana, sin perder la calma, se embarcó junto a su amado.

Tras casi una hora de travesía, los ecos de un cañoneo lejano llegaron hasta las naves. Los hombres de Giro-Batol resistieron en combate largo tiempo; pero, finalmente, una negra columna de humo se levantó desde Mompracem y fue a entremezclarse con el humo grisáceo de los buques de vapor.

—Parece que el javanés se cobró algunas presas —gritó Yáñez desde el puente de su parao, que navegaba a la par del de Sandokán.

—¡Atención, hay naves adelante! —exclamó Sandokán—. ¡Demonios! ¿Serán ingleses? ¿Qué hacen tan lejos de la flota que atacó Mompracem?

—Quizá sean mercantes —arriesgó Yáñez, sin demasiada convicción.

No tardó en hacerse evidente que se trataba de una corbeta<sup>76</sup> y una cañonera que maniobraban para cortar el paso a los paraos. Eran inglesas, y no se hallaban allí por casualidad. El viento era demasiado débil como para pasar entre ambas naves; el combate parecía inevitable y las perspectivas no eran alentadoras...

—Mariana, ve a tu camarote —dijo Sandokán—. No bien termine con estos bastardos, iré a buscarte...

—Sandokán, tengo miedo. ¡Prométeme que no te pasará nada!

—Te lo prometo, amada mía, pero vete. No quiero que tus dulces ojos me distraigan de la lucha.

No hubo tiempo para más palabras. Los navíos ingleses, envueltos en un tornado de humo y aire caliente, comenzaron a echar hierro y plomo en medio de un estruendo furioso; las lenguas de fuego que

---

76 **Corbeta:** embarcación de guerra, más pequeña que una fragata.

salían de las piezas de artillería relucían bajo el terrible sol del mediodía. El mar era un espejo plateado, que súbitamente comenzó a bullir alrededor de los paraos a medida que la metralla inglesa caía; los frágiles barcos de madera se iban destrozando de a poco, sus partes desaparecían en pequeñas explosiones de polvo y astillas. Las arboladuras del parao de Sandokán, que recibió casi todo el fuego enemigo, no tardaron en caer; un enorme boquete se abrió en la proa, apenas arriba de la línea de flotación, mientras una sección de la cubierta se encontraba en llamas.

Sandokán, enloquecido, mandó a tres de sus hombres al camarote de Mariana para asistirle ante el posible naufragio. Entonces observó que la corbeta se dirigía directamente hacia él a todo vapor, para embestirlo. Sonrió satisfecho, y cuando el fin era inminente, dio la orden de amainar las velas y viró, evitando el golpe. Por un minuto, quedó a la par del veloz navío inglés.

—¡Fuego a la corbeta! ¡Al abordaje! —gritó, sediento de sangre.

Los cañones del parao, con el blanco a menos de dos metros de distancia, estallaron en un huracán de humo y fuego. El resultado fueron unos enormes boquetes en la amura de la corbeta, que se plegó con el bramido de un gigantesco animal herido. Los piratas entraron por el hierro humeante, con la furia de una estampida. La tripulación, sorprendida, no tardó en ser destrozada a golpes de sable y kris; luego, los piratas corrieron hacia el castillo de popa, del que salían soldados y oficiales disparando carabinas y pistolas. Los sables se abrieron paso bajo los furiosos gritos de Sandokán, a quien los disparos evitaban como si una fuerza sobrenatural lo protegiera.

—¡Maten, cachorros! ¡Beban la sangre del infame inglés!

Un tumulto de hombres y cadáveres dominaba la cubierta. Los gritos y el humo daban a la escena un toque apocalíptico.<sup>77</sup> De pronto,

---

77 **Apocalíptico:** que se relaciona con el fin del mundo.

preca  
atras  
parece  
incred  
dent  
tahola

un oficial de impecable uniforme y con el sable desenvainado apareció frente a Sandokán, como si lo hubiera estado buscando.

—¿Dónde está Mariana, miserable pirata? —preguntó.

Por un segundo, el infierno de los gritos, el calor hirviente y el dolor de las heridas cesó para Sandokán. Todo desapareció, y únicamente quedó el odioso rostro del hombre que había intentado desposar por la fuerza a Mariana. A solo un paso, a la distancia de su brazo, de su kris...

—¡Pero si es el bravo baronet William Rosenthal! —exclamó Sandokán.

Y hundió el kris en el corazón del inglés. La sangre tibia le bañó la mano.

Entonces, la furia de la batalla volvió a castigar los sentidos de Sandokán. Aunque solo por un segundo: una terrible explosión, seguida de un golpe, lo sumió en la más negra oscuridad.



## CAPÍTULO XI

### LOS PRISIONEROS

**A**l recobrar el sentido, Sandokán se encontraba en la bodega de la corbeta, totalmente envuelto en tinieblas. Sentía un intenso dolor en la cabeza, que se extendía en hirvientes oleadas a todo el cuerpo. Había perdido mucha sangre, y tenía una sed tremenda.

—¡Mariana! —gritó desesperado—. ¿Dónde está Mariana? ¿Quedó en el parao a punto de hundirse? ¡Mariana!

—Descuide, capitán —dijo una voz familiar—. La Perla de Labuán vive. Los ingleses la capturaron y la trajeron aquí. Intenté ayudarla, pero me fue imposible... Ella lo llamaba, capitán...

—¿Quién eres? No alcanzo a verte... Acércate.

—Soy Jiuoko, Tigre de la Malasia. Fui uno de los últimos en caer... Los demás murieron. El señor Yáñez hundió la cañonera, pero se alejó mar adentro para salvar el parao. Debe estar siguiéndonos a una distancia prudencial...

—Así lo creo, Jiuoko. Ahora debemos pensar en escapar... Y en rescatar a Mariana.

—¿Habla en serio, señor? —exclamó Jiuoko—. Estamos desarmados, encerrados y bastante maltrechos, capitán. ¿Cómo cree que abandonaremos el barco?

—Dispongo de un medio extremo para estos casos, Jiuoko. Te diré cómo pasará: seremos envueltos en una lona con una bala de cañón<sup>78</sup> y arrojados por la borda. Así escaparemos.

—¿Quiere que luchemos hasta que nos maten?

---

78 **Envuelto en una lona con una bala de cañón:** así era como se desprendían en alta mar de los cadáveres.

parece  
a través  
parece  
incred  
dent  
tahola

—No, Jiuoko. Podemos morir y volver a la vida en alta mar. No estoy loco...

Con un ruido de cerrojos y cadenas, la puerta de la bodega se abrió y dejó entrar un haz de luz crepuscular. Tres hombres uniformados y armados descendieron para detenerse frente a Sandokán. Uno de ellos, el que llevaba insignias de teniente, dijo:

—Vengo a llevarlo a la enfermería.

—No me hace falta, estoy bien.

—Se lo he prometido a lady Guillonk, señor —dijo el teniente—, y por mi parte, creo que se ha batido valientemente, y merece ser tratado con respeto...

—¿Mariana? —interrumpió Sandokán—. ¿Está a salvo? ¡Hable, teniente!

—Yo mismo la saqué de su nave, señor. Está aquí, perfectamente sana y segura. Me hizo prometer que cuidaría de usted.

—¿Vamos a Labuán, verdad? —preguntó Sandokán, tras una larga pausa—. Supongo que ya se habrá ordenado mi ejecución... ¿Cómo será?

El teniente permaneció en silencio unos instantes. Finalmente, dijo:

—En la horca.

—Hubiera preferido ser fusilado. Es muerte de soldado, y no de criminal.

—Estoy de acuerdo con usted, señor —dijo el teniente—. Pero no está en mis manos cambiar las cosas. Usted es un hombre odiado por las autoridades coloniales.

—Lo sé. Pero yo puedo matarme cuando y como me plazca, teniente. Y ni usted ni nadie lo podrá evitar...

—Mis órdenes son llevarlo con vida a Labuán, y matarlo si intenta escapar. Todas las opciones conducen al mismo lugar... Si usted quiere matarse, yo no se lo impediré. ¿Qué planea hacer?

—Siempre llevo conmigo veneno. Es rápido y limpio. Está avisado, teniente.

—¿Alguna última voluntad, señor?

—Sí, teniente. Me gustaría ver a lady Guillonk antes de morir. No creo necesario advertirle que ella no debe saber nada sobre mi decisión... Simplemente me gustaría despedirme de ella e informarle discretamente acerca de las posesiones que habré de legarle. Con dos minutos bastará...

—Tengo órdenes expresas de impedir que visite a la dama. Pero, ante todo, soy un caballero que también estuvo enamorado alguna vez. En unos minutos la verá. ¡Adiós!

Sandokán recorrió la oscura bodega como un tigre enjaulado, mientras Jiuoko se preguntaba qué tramaba exactamente su capitán. La puerta no tardó en abrirse nuevamente. Precedida por un suave perfume, entró Mariana. Tenía el rostro muy pálido y sus ojos delataban que había llorado. Detrás de ella marchaba el teniente, que se quedó en la mitad de la escalera, sentado.

La muchacha se arrojó a los brazos de Sandokán.

—Por fin vuelvo a verte, Sandokán —dijo, entre sollozos—. Te di por muerto en el abordaje...

—¡No llores, Mariana!

—¡No quiero que me vuelvas a dejar! ¡No quiero que mueras! ¡Cuando llegemos a Labuán, obligaré a mi tío a que te conceda el perdón!

—Mariana, cuando llegemos a Labuán me matarán —dijo Sandokán—. Necesito tu ayuda ahora... ¡Mira!

Con extrema discreción, Sandokán se quitó un medallón que colgaba de su pecho y que representaba una cabeza de dragón. Tras presionar un botón secreto, el objeto se abrió. Dentro se alineaban unas delicadas ampollas de cristal que contenían un líquido azulado.

—Ahora, escucha bien lo que voy a decirte...

parece  
atras  
parece  
incred  
dent  
tahola

Mariana se arrimó y escuchó atentamente. Miró su reloj, a instancias de Sandokán, y alcanzó a percibir que el teniente, a pesar de su aspecto indiferente y circunspecto, observaba minuciosamente la acción. Se diría que desconfiaba.

—Todo queda, entonces, en tus manos. Un pequeño error y estaremos perdidos, ¿comprendes, Mariana? —dijo Sandokán en voz exageradamente alta—. Y ahora, déjame verte por última vez... En Labuán no me permitirán tenerte tan cerca... ¡Ah, Mariana! ¡Bésame y vete, no soporto que me veas en este estado!

El teniente se levantó con gran presteza y se acercó a la muchacha. Le ofreció el brazo y la escoltó hacia la salida. Antes de cerrar la puerta, se encontró con la agradecida mirada de Sandokán. Ambos hombres se saludaron con un gesto marcial y la puerta se cerró.

Exactamente una hora después de la entrevista, Mariana escuchó un penetrante alarido, mezcla de agonía y odio. Enseguida se dejó oír el estrépito de las botas sobre cubierta: soldados y oficiales corrían para enterarse de lo sucedido. Se escucharon gritos, órdenes, y más bajo, conversaciones susurradas y risas acalladas. Cuarenta minutos más tarde, unos golpes sonaron en la puerta del camarote de la muchacha. Era el teniente.

—Milady, me temo que traigo malas noticias...

—Hable, teniente.

—El Tigre de la Malasia ha muerto.

Mariana se cubrió la cara con las manos. El teniente alcanzó a escuchar los ahogados sollozos de la muchacha. Cuando intentó consolarla, ella retrocedió como rechazando a un asesino.

—Sandokán y su compañero se quitaron la vida para no morir bajo ley inglesa, milady. Cuando usted lo disponga, serán arrojados al mar.

—Entiendo, teniente. Pero me gustaría que me entregara los cuerpos. Creo que, por más que sean enemigos de la corona, merecen ser velados.



—Estoy de acuerdo, milady. Serán trasladados al puente de proa —dijo el teniente—. Pero le recomiendo que haga arrojar los cuerpos antes de llegar a Labuán. Las autoridades harán colgar el cadáver en el puerto a manera de ejemplo...

Mariana solicitó que se la dejase deambular libremente por el barco hasta que los cadáveres estuvieran dispuestos para ser velados. Tomó su bolso de mano, en el que siempre llevaba una pequeña daga primorosamente labrada, y anduvo por cubierta un rato largo. Allí, entre los restos de la lucha pasada, tal como suponía, halló una bayoneta que se había desprendido de un fusil y un rústico kris de hierro. Los ocultó en su bolso y siguió andando. Caminando despacio y con la cabeza baja, llegó hasta la proa y se arrodilló ante el cadáver de su amado.

El rostro de Sandokán se hallaba distendido. Sus rasgos, marciales y terribles, se habían hecho más dulces con la muerte. Bañado por la luz de la luna, su pálida cara adquiría un aspecto vagamente fantasmal. Mariana, de rodillas, permaneció allí, hasta que el último curioso se sació ante la imagen del salvaje pirata muerto. Luego, aprovechó para meter entre las ropas de Sandokán las armas que había recolectado. Finalmente, sacó su reloj y no le quitó los ojos de encima por horas.

La noche transcurría plácida y sin novedades. El teniente se había quedado en el puente de mando, y allí entró Mariana corriendo, presa de una gran excitación.

—¡Quiero que arroje los cuerpos al mar! ¡Ahora!

—Perfectamente, milady. Enviaré en unos minutos a los hombres para que les pongan el lastre...<sup>79</sup>

—¡Nada de lastre! ¡No pierda más tiempo! ¿Comprende mi situación? ¡Por Dios! ¡Rechacé un baronet por un pirata que ahora está muerto!

---

79 **Lastre:** piedra u otro objeto pesado que se pone para que los cuerpos se hundan.

El teniente intentó calmar a Mariana y ordenó a cuatro hombres que los acompañaran a proa. La muchacha, en medio de un ataque de histeria, corrió hasta donde se hallaban los cadáveres y comenzó a gritar:

—¡Tírenlos por la borda! ¡Ahora! ¡Dios mío, intenté huir con un pirata! ¡Qué vergüenza! ¡La sobrina de lord James Guillonk! ¡Al agua, al agua!

Los hombres apenas pudieron envolver los cadáveres en las lonas. La muchacha parecía haberse vuelto loca: gritaba cada vez más y amenazaba con tirarse al agua ella misma. Sin atarlos ni agregarles la usual bala de cañón como lastre, Sandokán y Jiuoko fueron arrojados al mar. Cayeron con un terrible estrépito y desaparecieron en las aguas oscuras.

Mariana, súbitamente en calma, consultó discretamente su reloj: en diez segundos se cumplirían seis horas exactas desde que había escuchado el terrible alarido. Se desmayó.



## CAPÍTULO XII

### LA ÚLTIMA BATALLA

Yáñez, de pie en cubierta, exclamó:

—¡Súbanlos con precaución!

—¡Ah, hermano! ¿Crees acaso que necesito ayuda?

Sandokán y Jiuoko treparon ágilmente los cables y saltaron a cubierta. Inmediatamente fueron rodeados por los piratas, que los recibieron exultantes y les acercaron comida y bebida.

—¡Yáñez, sabía que no me ibas a abandonar hasta saber si estaba vivo o muerto! —dijo Sandokán, mientras abrazaba a su amigo—. ¿Pero por qué tienes que ser tan rematadamente prudente? Estuvimos flotando por diez horas y casi nos devora un condenado pez martillo.

—¿Querías acaso que me pegara a la corbeta? De haberlo hecho, ya estaríamos en el fondo del mar. Supongo que recuerdas que somos piratas y que los ingleses nos persiguen, ¿verdad? Pero dime: ¿qué fue lo que pasó?

—Logré mandar al baronet al infierno, pero los cerdos me capturaron. Solo quedamos con vida mi buen Jiuoko y yo, y puesto que nos habían arreglado una cita con la horca, brindamos con el veneno de la cabeza del dragón... Ya sabes, ese líquido que hace que quien la beba parezca muerto; un obsequio del estrafalario jefe Thug, ¿recuerdas? Puse al tanto de todo a Mariana, que se portó de maravillas: nos proveyó de armas para cualquier eventualidad y logró que nos tiraran al agua diez segundos antes de que el efecto del veneno pasara. De habernos tirado antes, nos habríamos ahogado. La muchacha tuvo que organizar un velorio y desplegar todo un espectáculo... Te digo, hermano, fueron las seis horas más cortas de mi vida y el peor despertar...

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Atacar la corbeta y rescatar a Mariana, por supuesto —repuso Sandokán—. ¿Con qué fuerzas contamos?

—Con las suficientes. Hacia popa está el parao de Pisangu, que perdimos en nuestra segunda expedición a Labuán. Se enfrentó a la flota inglesa, pero aquí está de vuelta. Luego tenemos a Giro-Batol, que logró sacar a sus hombres de Mompracem y traerlos aquí. A propósito, la isla quedó abandonada... Podremos volver cuando te parezca.

—Excelente. La corbeta se dirige a Labuán, pero tras perder su valiosa carga, creo que tocará puerto en Tres Islas para reaprovisionarse y reparar las amuras de estribor... Creo que podremos alcanzarlos.

—¡Seguro! Pero será mejor que descanses, Sandokán —dijo Yáñez—. Yo me haré cargo de los preparativos para el combate... ¡Paranoa! Viramos en dirección a Tres Islas.

Sandokán, en el lecho, no podía dejar de pensar en Mariana. Rescatarla de la corbeta sería una misión arriesgada, en la que muchos de los cachorros seguramente perderían la vida. Debían abordar el navío sin cruzar antes fuego de artillería, que podía resultar fatal para la muchacha; y el asalto debía ser rápido e implacable. Un error, un disparo mal dirigido, una explosión accidental, y Mariana moriría. En sueños, Sandokán había visto la desgracia...

—¡Las Tres Islas! —anunció la voz del vigía.

Sandokán salió de su camarote y, sorprendido, descubrió que en su parao casi se había triplicado la tripulación. Todos los hombres estaban desarmados, y Yáñez vestía un extravagante traje militar, al que no le faltaba ni el turbante cubierto de joyas, ni la chaqueta de brillante seda verde con abundante pasamanería.<sup>80</sup>

---

80 **Pasamanería:** conjunto de borlas y bordados que adornan las telas.

predeca  
a través  
parece  
incredi  
dent  
Tabola

—¡Mira nuestra bandera, Sandokán! —indicó Yáñez, en tono burlón—. Servimos ahora a nuestro buen amigo, el sultán de Varauni, que tuvo la delicadeza de mandar sus paraos contra Mompracem. Frente a tus ojos tienes al leal capitán que se dirige a la corbeta, para entregar un mensaje urgente que envían los de Victoria a lady Guillonk. Notarás que he pasado a los hombres de Giro-Batol a nuestro parao... Estarán ocultos en la bodega, y cuando estemos en posición, serán ochenta los cachorros que abordarán al enemigo... Yo estaré esperando en el camarote de Mariana hasta que pase el peligro.

—Has pensado en todo, Yáñez...

—Siempre pienso en todo, hermano. Ahora, a ti te corresponde luchar...

—¡A la bahía! —gritó Sandokán—. ¡Todos a sus puestos!

El parao entró en la rada y se dirigió a toda prisa hacia la corbeta. Cuando estuvo a la par, un centinela inglés, fusil en mano, solicitó identificación.

—¡Borneo y Varauni! —gritó Yáñez—. ¡Noticias urgentes de Victoria!

—Aparte su navío, señor —dijo otro centinela.

—¡Al demonio los reglamentos! —gritó Yáñez—. ¿Tienen miedo que les estropee la pintura? ¡Traigan al comandante o los haré azotar, condenados reclutas! ¡Es urgente!

El teniente que había visitado a Sandokán en la bodega escuchó la conversación y se acercó a la borda. Ordenó que se tendiera la planchada<sup>81</sup> entre ambos buques e invitó a Yáñez a bordo.

—Comandante, tengo un mensaje proveniente de Victoria para lady Guillonk —dijo Yáñez, sacando un enorme sobre del bolsillo interno de su chaqueta—. Debe ser entregado en persona.

—Lo escoltaré, entonces. ¿Trae órdenes para mí?

---

81 **Planchada:** tablón que se utiliza para abordar un buque.

—No, pero estoy autorizado a informarle que el lord prepara un navío para venir a su encuentro.

Varios centinelas y oficiales se habían acercado a ver el parao. El aspecto de la tripulación suscitaba dudas. Los piratas, con las armas ocultas en cubierta, fingían revisar la arboladura y realizar tareas que los ponían cada vez más cerca del navío enemigo.

Yáñez siguió al teniente por un largo corredor bajo cubierta hasta llegar a una línea de gruesas puertas de hierro. El teniente golpeó una de ellas y anunció al mensajero. Inmediatamente entraron.

Mariana, pálida en extremo, no se sorprendió al ver al portugués, que tras saludarla ceremoniosamente le entregó un sobre. Adentro había un papel en blanco, que la muchacha intentó sin éxito ocultar de la indiscreta mirada del teniente.

—¿Qué significa esto? —dijo el oficial, al darse cuenta del engaño—. ¿Un papel en blanco?

—Es que el lord no tenía nada que decir —respondió Yáñez, antes de golpear al teniente con el cabo de su kris—. ¡Rápido, milady, cierre la puerta con llave! ¡Necesito algo para atar y amordazar a este hombre! ¡Hay que aprovechar que se encuentra inconsciente!

Una vez que el teniente quedó amarrado a la cama, Yáñez le explicó a Mariana lo que estaba ocurriendo. Luego, abrió el ojo de buey y lanzó un prolongado silbido. De inmediato, y como si viniera desde muy lejos, comenzó a escucharse claramente el sonido de gritos, disparos y violentos estrépitos. Una o dos explosiones preludieron un concierto de botas sobre la cubierta, órdenes desesperadas, injurias y alaridos. Alguien golpeó la puerta del camarote de Mariana solicitando al teniente. Al no recibir respuesta, la misma voz gritó: “¡Traición!”.

Nuevas explosiones preocuparon a Yáñez. Le llegaba desde cubierta el estruendo infernal de la batalla. Tras la inicial descarga de fusilería, los cachorros habrían emprendido la lucha cuerpo a cuerpo. Los cañones de la corbeta, por su enorme calibre, no podían disparar sobre el parao estando tan cerca. ¿Qué eran, entonces, esas explosiones?

preocupa  
a través  
parece  
incredi-  
blement  
había

¿Quién las había provocado? El portugués abrió la puerta del camarote para averiguarlo, y lo que vio afuera lo alarmó.

—¡Por todos los infiernos! Este barco está en llamas... ¡Mariana, nos vamos de aquí!

Con un golpe de kris, Yáñez cortó las ataduras del teniente y se lo cargó al hombro. Comenzó a avanzar entre el denso humo con la muchacha aferrada a sus espaldas, tratando de recordar el camino. Marchaban a ciegas, abatidos por el excesivo calor que se proyectaba desde el piso y las paredes. Trabajosamente llegaron a cubierta, donde el escenario era el de una completa masacre. Los cadáveres de los ingleses se esparcían por todas partes y el fuego comenzaba a reclamarlos. Sandokán, cerca de la popa, enfrentaba a un cúmulo de acobardados oficiales, que se batían en retirada.

—¡Aquí, hermano! —lo llamó Yáñez, mientras dejaba en el piso al teniente, que ya volvía en sí.

Sandokán fue hacia ellos y estrechó a Mariana entre sus brazos.

—¡Mariana! ¡No volveremos a separarnos! Viviremos para siempre en paz...

—¡Sandokán! ¡Creía que ya nunca volvería a verte con vida!

Se escuchó una nueva detonación cerca del puerto, y una carga de artillería arrasó con la proa de la corbeta. El disparo, al igual que todos los anteriores, pretendía hacer blanco en el parao.

—Es el crucero de lord Guillonk —se alarmó Yáñez—. ¡Tenemos que salir de aquí! La corbeta está protegiendo nuestra nave, pero no le queda mucho tiempo... ¡Abajo hay fuego por todas partes! ¡Al parao!

—¡Al parao, cachorros! —rugió Sandokán—. ¡Vamos, Mariana! ¡Estás a salvo ahora!

Los piratas retornaron a su nave y, con una rápida maniobra, se alejaron de la corbeta en llamas y se dirigieron hacia el crucero.

Podían salir de la bahía a buena velocidad, pero deberían esquivar los proyectiles del enemigo. En mar abierto, con los otros dos paraos, la lucha contra el crucero sería más pareja.

—Estamos cerca del crucero —observó Yáñez—. Puedo distinguir al lord... Y puedo despacharlo de un tiro de carabina. Eso nos daría tiempo para escapar...

—No, Yáñez, que conserve la vida... Quédate al timón y cuida a Mariana. Iré con los artilleros.

El crucero había redoblado sus ataques. Los cañones vomitaban fuego con un estrépito ensordecedor y la tormenta de la batalla volvía a desatarse con furia. En la rada, la corbeta estalló con un inmenso resplandor que progresivamente fue apagándose, a medida que se hundía.

Sandokán, acomodado en una de las piezas más grandes, apuntó sobre el crucero que pasaba velozmente a babor. Tendría un solo disparo. Corrigió la mira conforme avanzaba y ordenó cargar una potente granada. Esperó. Mientras tanto, la artillería del crucero hacía bullir el mar a su alrededor.

—¡Fuego! —gritó.

La granada voló pesadamente, dejando una estela de fuego; su dirección era perfecta. Tras describir un arco, se clavó entre las paletas del crucero, que se detuvo con un penoso quejido. Un instante después, una potente explosión hizo saltar la rueda de propulsión. Las calderas, sobrecalentadas, estallaron. El crucero quedó inmóvil, herido de muerte, mientras el parao avanzaba ligero hacia la salida de la bahía.

El Tigre de la Malasia lanzó un gran suspiro y buscó a Mariana.

—¿Ves a tu tío, el lord, allí sobre cubierta?

—Sí —dijo Mariana.

Sandokán la tomó de la cintura y la atrajo hacia sí.

predica  
atras  
parece  
incréd  
dent  
tahola

—Échale una larga mirada, pues no volverás a verlo mientras vivas... Todo esto queda atrás.

Luego, giró hacia los paraos que lo esperaban y su vista se perdió en la inmensa línea del horizonte. Entonces, sintiéndose súbitamente abatido, abrazó con fuerza a su amada y le dijo, en voz baja:

—Todo esto quedó atrás.

Los tensos rostros de los cachorros, heridos y agotados, observaban expectantes a su líder, como a la espera de una respuesta. En el timón, ajeno a todo, el portugués silbaba tranquilo, mientras guiaba el parao.

—¡Yáñez, pon la proa hacia Java! —gritó Sandokán—. ¡Cachorros! ¡El Tigre de la Malasia está muerto para siempre!





*Escena de la película Sandokán el Grande,  
dirigida por Umberto Lenzi (1963).*



# ( Sobre terreno conocido )

## Comprobación de lectura

**Marquen con una cruz la opción correcta.**

- 1 La acción de la novela transcurre...
- a) a mediados del siglo XVIII.
  - b) a mediados del siglo XIX.
  - c) a mediados del siglo XX.
- 2 La isla donde viven los piratas se llama...
- a) Mompracem.
  - b) Labuán.
  - c) Batán.
- 3 Al conocer la verdadera identidad de Sandokán, Mariana...
- a) le dice que lo aborrece.
  - b) le asegura que lo ama.
  - c) se muestra indiferente.
- 4 Lord James desea que Mariana se case con...
- a) el sargento Willis.
  - b) Sandokán.
  - c) el baronet Rosenthal.

- 5 Haciéndose pasar por un sargento inglés, Yáñez convence a lord James para que...
- a) abandone la finca y se traslade a Victoria.
  - b) abandone la finca y se traslade a Mompracem.
  - c) permanezca en la finca hasta nuevo aviso.
- 6 Antes de convertirse en pirata, Sandokán había sido...
- a) un soldado inglés.
  - b) un esclavo de Malasia.
  - c) un príncipe de Borneo.
- 7 El baronet Rosenthal muere...
- a) atacado por una fiera salvaje.
  - b) luchando contra Sandokán.
  - c) en un naufragio.
- 8 Al final de la novela, Sandokán...
- a) decide abandonar la piratería.
  - b) se separa de Mariana.
  - c) muere.

**Coloquen la V de verdadero o la F de falso al lado de las siguientes afirmaciones.**

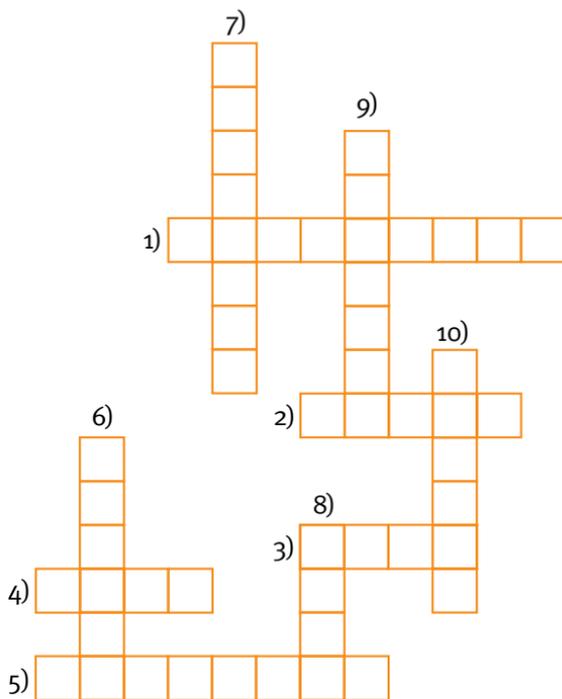
- a) Mariana no quiere que Sandokán luche contra el tigre.
- b) Los cipayos son enemigos de los ingleses.
- c) Mariana ha cumplido veintiocho años.
- d) Sandokán y Giro-Batol son los únicos sobrevivientes de la primera expedición a Labuán.
- e) A Mariana se la conoce con el nombre de “la Perla de Labuán”.
- f) Yáñez protege a lord James.
- g) Mariana desea casarse con el baronet Rosenthal.

- h) Un parao es una embarcación más grande que un crucero.
- i) El kris es un arma de fuego.
- j) Al despertar en la finca de lord James, Sandokán se hace pasar por el hermano de un sultán.
- k) En el vivero de la finca de lord James hay una gran estufa.
- l) Mariana sabe tocar la mandolina.
- m) El paisaje de la isla de Labuán es desértico.
- n) Mariana le prohíbe a Sandokán que siga luchando contra los ingleses.

**Lean las acciones de la lista y luego numérenlas del 1 al 14 según el orden que tienen en la novela.**

- Sandokán mata al tigre.
- Los piratas le tienden una emboscada a la comitiva de lord James.
- Sandokán regresa a la finca de lord James en compañía de Yáñez.
- Mediante un engaño, Sandokán y Yáñez atacan la corbeta y recuperan a Mariana.
- Sandokán le revela su identidad a Mariana.
- Sandokán le comunica a Yáñez su intención de embarcarse rumbo a Labuán.
- Lord James descubre la identidad de Sandokán.
- Sandokán mata al baronet Rosenthal.
- Los cuerpos de Sandokán y Jiuoko son arrojados al mar.
- Los ingleses rescatan a Mariana y toman cautivo a Sandokán.
- Sandokán conoce a Mariana.
- El crucero inglés se enfrenta a los dos paraos de Sandokán.
- Yáñez, vestido de sargento inglés, entra en el palacete de lord James.
- Sandokán se despierta en la finca de lord James.

Completan el crucigrama con las palabras que aparecen definidas en las Referencias.



#### Referencias

- 1) Isla donde se refugian los piratas.
- 2) Pequeña embarcación filipina de una sola vela.
- 3) Parte delantera de una embarcación.
- 4) Soberano de las Indias Orientales.
- 5) País de donde es originario Yáñez.
- 6) Soldado indio al servicio de Gran Bretaña.
- 7) Fortaleza que han construido los ingleses en Labuán, para repeler el ataque de los piratas.
- 8) Parte posterior de una embarcación.
- 9) Nombre de la sobrina de lord James Guillonk.
- 10) Isla donde se encuentra la finca de lord James Guillonk.

## Actividades de comprensión y análisis

- 1 Lean las cualidades que se proponen para caracterizar a cada personaje y tachen en cada caso aquella que consideren menos adecuada. Luego, busquen en la novela los pasajes que sirvan para ejemplificar las cualidades que quedaron seleccionadas.

Personaje	Cualidades
Sandokán	<i>generoso – cobarde – obstinado</i>
Mariana	<i>valiente – talentosa – aburrida</i>
Yáñez	<i>malhumorado – chistoso – inteligente</i>
Rosenthal	<i>considerado – fanfarrón – intrigante</i>

- 2 Consulten libros de historia y respondan a las siguientes preguntas sobre la época en que transcurren las acciones de la novela.
- ¿Cómo estaba constituido el Imperio Británico en la segunda mitad del siglo XIX?
  - ¿Cuál era la importancia de las colonias para Gran Bretaña?
  - ¿Qué otros países europeos tenían colonias en Asia?
  - ¿Cómo era la administración que ejercían los países europeos en las colonias asiáticas?
  - ¿Cuáles son las características más sobresalientes de la época victoriana?
- 3 Conversen entre todos: ¿les parece que el narrador manifiesta una actitud de simpatía hacia los colonizadores europeos o hacia los pueblos colonizados? Busquen ejemplos en el texto para fundamentar la respuesta.

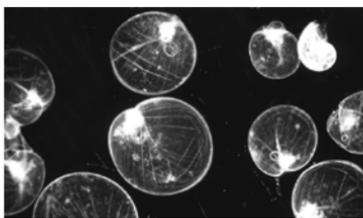
- 4 Lean las siguientes fichas de información enciclopédica y señalen con qué parte de la novela se relaciona cada una (una ayuda: presten atención especialmente a los capítulos II, III y XI).

**Tigre.** Felino perteneciente al género *Panthera*, es la especie más grande del mundo. Vive solamente en el continente asiático. Es un animal carnívoro: generalmente caza a otros mamíferos grandes o medianos. En la actualidad, la especie está amenazada, debido a que ha sido objeto de cacería indiscriminada. Es un animal solitario y territorial que habitualmente vive en selvas densas. Su pelaje es de color naranja (pasando a blanquecino en la región del vientre) con rayas oscuras.



**Catalepsia.** Estado del cuerpo en el cual la persona yace inmóvil y sin presentar síntomas vitales: el cuerpo se pone rígido, no responde a los estímulos, la respiración y el pulso se vuelven imperceptibles y la piel se pone muy pálida. En otras épocas, el estado de catalepsia llevaba a creer que la persona que padecía la enfermedad estaba muerta.

**Noctiluca.** Es un microorganismo unicelular que emite luz. En las noches de verano, suele observarse una fosforescencia en el mar, provocada por millones de estos organismos. Cualquier sacudida del agua (al pasar una embarcación o al romper una ola, por ejemplo) basta para estimularlos y hacerlos brillar.



- 5 José de Espronceda, un importante autor del Romanticismo español, escribió un conocido poema llamado “Canción del pirata”. Lean los siguientes fragmentos y resuelvan las consignas.

.....  
*La luna en el mar riela,  
en la lona gime el viento,  
y alza en blando movimiento  
olas de plata y azul;  
y va el capitán pirata,  
cantando alegre en la popa,  
Asia a un lado, al otro Europa,  
y allá a su frente Estambul:*

*«Navega, velero mío,  
sin temor,  
que ni enemigo navío  
ni tormenta, ni bonanza  
tu rumbo a torcer alcanza,  
ni a sujetar tu valor.*

*Veinte presas  
hemos hecho  
a despecho  
del inglés,  
y han rendido  
sus pendones  
cien naciones  
a mis pies.*

.....  
*Allá muevan feroz guerra,  
ciegos reyes  
por un palmo más de tierra;  
que yo aquí tengo por mío  
cuanto abarca el mar bravío,  
a quien nadie impuso leyes.*



*José de Espronceda  
(1808-1842).*

*Y no hay playa,  
sea cualquiera,  
ni bandera  
de esplendor,  
que no sienta  
mi derecho  
y dé pecho  
a mi valor.*

.....  
*A la voz de "¡barco viene!"  
es de ver  
cómo vira y se previene,  
a todo trapo a escapar;  
que yo soy el rey del mar,  
y mi furia es de temer.*

.....  
*Y si caigo,  
¿qué es la vida?  
Por perdida  
ya la di,  
cuando el yugo  
del esclavo,  
como un bravo,  
sacudí».*

.....

- a) Subrayen las palabras que no conocen y busquen su significado en el diccionario.
  - b) ¿Qué personaje habla a partir de la segunda estrofa reproducida aquí?
  - c) ¿Qué rasgos lo asemejan al personaje de Sandokán?
- 6 Dibujen un barco pirata y un crucero inglés. Confeccionen una lista de las partes de las embarcaciones que se mencionan en la novela. Señalen esas partes en los dibujos.

## Actividades de producción

1 **Crónicas periodísticas.** Dos periódicos han publicado la noticia de los enfrentamientos entre los tigres de la Malasia y los ingleses. Uno de ellos simpatiza con la causa de los piratas de Sandokán, mientras que el otro está del lado de los colonizadores europeos.

a) Lean las siguientes listas de apelativos y decidan en cuál de los dos diarios es más probable que se hayan empleado.

- Para referirse a los piratas: *los traidores nativos – los cachorros de Sandokán – los que luchan por la libertad – el sanguinario enemigo – los infames aventureros – los héroes de nuestros mares.*

- Para referirse a los ingleses: *los representantes del mundo civilizado – los hombres de bien – el infame invasor – los valerosos europeos – los crueles colonizadores – el opresor.*

b) Usando algunos de esos apelativos, escriban las crónicas que se publicaron en cada uno de esos diarios. Acompañen la información con un mapa (usen como referencia el que aparece en la página 20).

2 **Cartas que van y vienen.** Elijan una de las siguientes situaciones y escriban la carta que imaginaron.

- Mariana le escribe a su mejor amiga de Labuán para contarle sus aventuras junto a Sandokán.

- Sandokán le escribe a lord James Guillonk para informarle que Mariana está bien.

- Yáñez le escribe a un amigo para relatarle los episodios que protagonizó en la finca de lord James.

- Lord James Guillonk le escribe a James Brooke, rajá de Sarawak, para ponerlo al tanto de lo sucedido y solicitarle que los ayude a rescatar a su sobrina.

3 **Guión.** El guión es un texto en el que se expone el contenido de una película o un programa de televisión, dando todos los detalles que se deben tener en cuenta para su realización. En general,

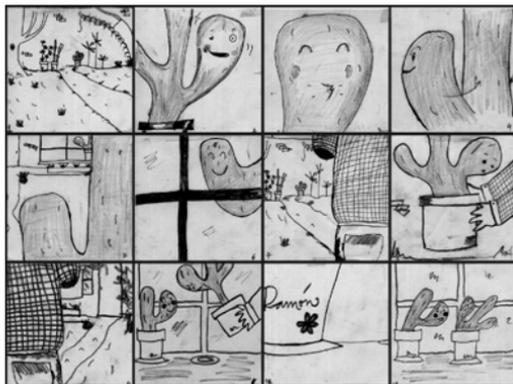
incluye dos partes principales: la literaria y la técnica. En el **guión literario** se presentan los parlamentos entre los personajes, mientras que en el **guión técnico** se aclaran los aspectos relacionados con la iluminación, el encuadre, la escenografía, los efectos de sonido, los movimientos de cámara y las acotaciones acerca de los desplazamientos y los gestos de los personajes. Habitualmente, el guión se presenta en dos columnas: la de la izquierda corresponde a la parte literaria y la de la derecha, a la parte técnica.

Además, el guión se divide en secuencias, que dependen de los cambios de lugar y de momento. Por ejemplo, un guión de *Los tigrés de la Malasia* podría empezar así:

*Secuencia 1ª. Exterior. Noche. Tormenta. Guarida de los piratas en Mompracem, se ve una ventana iluminada.*

- a) Elijan una escena de la novela y, en grupos, elaboren el guión de esa secuencia, tratando de dar la mayor cantidad de especificaciones que se les ocurran.
- b) Una vez que hayan escrito el guión, realicen el *storyboard* correspondiente.

Un **storyboard** tiene el aspecto de una historieta. Consiste en el dibujo detallado de cada una de las tomas de la película, tal como deberían ser captadas por la cámara (por ejemplo, un plano general del paisaje, o un primer plano de la cara de uno de los personajes, o el detalle de una mano empuñando un sable, etc.). Esta serie de ilustraciones sirven para que el director pueda visualizar las escenas y sea capaz de prever problemas que se pueden presentar durante la filmación.



Storyboard realizado por Gimena Castellón Arrieta para un corto de animación.

## Recomendaciones para leer y para ver

### **Si les gustan las historias de piratas, pueden leer:**

- Pyle, Howard. *El libro de los piratas*. Madrid, Valdemar, 2001.
- Steinbeck, John. *La taza de oro*. Madrid, Edhasa, 2006.
- Powers, Tim. *En costas extrañas*. Barcelona, Martínez Roca, 1990.
- Conan Doyle, Arthur. *Relatos de piratas*. Buenos Aires, Claridad, 2007.
- Stevenson, Robert Louis. *La isla del tesoro*. Buenos Aires, Estrada, 2009.
- Verne, Julio. *Los piratas del Halifax*. Barcelona, Planeta, 1987.
- Verne, Julio. *La isla misteriosa*. Madrid, RBA, 1998.
- Hughes, Richard. *Huracán en Jamaica*. Madrid, Alba, 2007.
- London, Jack. *La expedición del pirata*. Madrid, Eunsa, 1999.
- Barrie, James Matthew. *Peter Pan*. Madrid, Alianza, 1998.

### **Otros relatos de Emilio Salgari protagonizados por piratas:**

- Salgari, Emilio. *El Corsario Negro*. Buenos Aires, Claridad, 2007.
- Salgari, Emilio. *Sandokán, el Rey del Mar*. Buenos Aires, Claridad, 2006.
- Salgari, Emilio. *Los tigres del mar y otros cuentos*. Madrid, Páginas de Espuma, 2009.

### **El famoso poema de José de Espronceda:**

Espronceda, José de. “Canción del pirata”. Existe una versión electrónica en:

<http://www.ciudadseva.com/textos/poesia/esp/espron/cancion.htm>

### **Para saber más sobre la vida y la historia de los piratas:**

- Matthews, John. *Piratas*. Madrid, Gaviota, 2006.
- Farrington, Karen y Constable, Nick. *Construye un barco pirata*. Madrid, Parragón, 2007.
- Brian, Lee. *¿Qué hay dentro de un barco pirata?* Madrid, Molino, 2003.

### **Una novela de ciencia ficción con piratas:**

Asimov, Isaac. *Los piratas de los asteroides*. Barcelona, Bruguera, 1976.

### **Algunas películas de piratas:**

*El capitán Blood*, dirigida por Michael Curtiz, 1935.

*El halcón de los mares*, dirigida por Michael Curtiz, 1940.

*Rebelión a bordo*, dirigida por Lewis Milestone, 1962.

*Viento en las velas*, dirigida por Alexander Mackendrick, 1965.

*Piratas*, dirigida por Roman Polanski, 1984.

*Piratas del Caribe. La maldición del Perla Negra*, dirigida por Gore Verbinski, 2003.

*Piratas del Caribe. El cofre de la muerte*, dirigida por Gore Verbinski, 2006.

*Piratas del Caribe. El fin del mundo*, dirigida por Gore Verbinski, 2007.

### **Películas inspiradas en el personaje de Sandokán:**

*Sandokán el Grande*, dirigida por Umberto Lenzi, 1963.

*Sandokán contra el leopardo de Sarawak*, dirigida por Luigi Capuano, 1964.



## Bibliografía

### *Sobre los piratas en la historia y en la ficción*

- Calleja, Seve. *Los bandidos del mar. Breve historia de la piratería*. Madrid, Espasa Calpe, 1999.
- Calleja, Seve. “Los piratas en la literatura y en el cine”. En: *Cuatrogatos. Revista de literatura infantil*, número 2, abril-junio de 2000. <http://www.cuatrogatos.org/2piratas.html>
- Carpenter, John. *Piratas: el azote de los mares*. Madrid, Paraninfo, 2009.
- Woodard, Colin. *La república de los piratas*. Madrid, Crítica, 2008.
- ZuMondfeld, Wolfram. *Piratas*. Barcelona, Círculo de lectores, 1987.

### *Sobre la literatura para niños y jóvenes*

- Colasanti, Marina. *Fragatas para tierras lejanas. Conferencias sobre literatura*. Bogotá, Norma, 2004.
- Chambers, Aidan. *Dime: los niños, la lectura y la conversación*. México, FCE, 2008.
- Chambers, Aidan. *El ambiente de la lectura*. México, FCE, 2009.
- Colomer, Teresa. *Andar entre libros. La lectura literaria en la escuela*. México, FCE, 2005.
- Machado, Ana María. *Clásicos, niños y jóvenes*. Bogotá, Norma, 2004.
- Petit, Michèle. *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*. México, FCE, 1999.
- Soriano, Marc. *La literatura para niños y para jóvenes. Guía de exploración de sus grandes temas*. Buenos Aires, Colihue, 1995.



Esta obra se terminó  
de imprimir en enero  
de 2017, en los talleres  
de Arcángel Maggio –  
División Libros,  
Lafayette 1695, CABA.





Por su sentido de la aventura y por la impecable construcción de las intrigas, las novelas de Emilio Salgari ocupan un lugar destacado entre las lecturas favoritas de muchas generaciones de jóvenes lectores. *Los tigres de la Malasia* pertenece a la saga de Sandokán, el valeroso noble malayo que ha sido despojado de su reino y se ha convertido en pirata para reivindicar sus derechos ante el usurpador. La trama de acción incesante se entretiene sutilmente con la historia romántica para recrear la atmósfera que hoy revive, por ejemplo, en películas como las que forman el ciclo de *Piratas del Caribe*.

Esta edición presenta una versión especialmente preparada para los lectores de hoy. Las introducciones y las notas contribuyen a completar el rico panorama que conforma el contexto histórico, cultural y geográfico de las acciones. Además, las propuestas de trabajo se centran en aspectos de la construcción de la trama y de los personajes y permiten establecer conexiones con otras historias de aventura, tanto literarias como cinematográficas.

La lectura de *Los tigres de la Malasia* invita a revivir el entusiasmo que continúan despertando las obras de Salgari desde el momento de su publicación. Esta historia, colmada de peripecias y emociones, no solo funciona como entretenimiento, sino que también nos estimula a buscar información, a conocer otros espacios y otras épocas, y a reflexionar acerca del modo en que se construyen los relatos.

**Norma**

[www.kapelusznorma.com.ar](http://www.kapelusznorma.com.ar)

CC 61074680  
ISBN 978-950-13-2327-6

